

Literatura Norteamericana

Nathaniel Hawthorne

La Calle Mayor¹

Un individuo de aspecto respetable hace su reverencia y se dirige al público. En mis diarias caminatas por la calle principal de mi pueblo natal, se me ha ocurrido a menudo que, si su crecimiento desde la infancia en adelante y la vicisitud de escenas características que han pasado a lo largo de esta vía, durante los más de dos siglos de su existencia, pudieran ser presentadas al ojo en un panorama cambiante, sería un método excesivamente eficaz de ilustrar el paso del tiempo. Siguiendo esta idea, he creado cierta exhibición de imágenes, del tipo de un espectáculo de títeres, por medio de la cual pienso evocar el multiforme y multicolor Pasado frente al espectador y mostrarle los fantasmas de sus antepasados, en medio de una sucesión de incidentes históricos, sin mayor complicación que la vuelta de una manivela. Sed bienvenidos, por lo tanto, mis indulgentes espectadores, a la sala del espectáculo y tomad vuestros asientos frente al telón misterioso allí a la vista. Las pequeñas ruedas y resortes de mi maquinaria han sido bien aceitados; innumerables marionetas están vestidas según sus personajes, representando todas las variedades de la moda, desde la capa y el jubón puritanos hasta el último sobretodo de Oak Hall; se bajan las lámparas y brillarán hasta lograr un sol de mediodía y se irán apagando hasta lograr un claro de luna o amortiguarán su resplandor hasta lograr una nube de noviembre, según lo requiera la naturaleza de la escena; y, en pocas palabras, la exhibición ya está lista para comenzar. A menos que algo salga mal –como, por ejemplo, que una imagen esté mal colocada, con lo cual la gente y los acontecimientos de un siglo pueden ser metidos bruscamente en el medio de otro siglo, que se rompa un alambre, lo que llevaría el curso del tiempo a un período inesperado– a menos que, digo, haya desgracias de las cuales una pieza tan complicada del mecanismo es responsable, damas y caballeros, me enorgullezco en decir que la función provocará vuestra generosa aprobación.

¡Tintín, tintín! Suena la campana, el telón se levanta y contemplamos –de hecho, no la Calle Mayor– sino la extensión de tierra forestal cubierta de hojas, sobre la cual se extenderá en el futuro su pavimento polvoriento.

Se percibe, de un vistazo, que éste es el bosque antiguo y primitivo –siempre juvenil y venerablemente viejo –verdeante con nuevas ramitas pero cano, como estaba, con las nevadas de innumerables años que se han acumulado sobre sus ramas entremezcladas. El hacha del hombre blanco nunca ha golpeado violentamente un solo árbol; su paso nunca ha arrugado ni una de las hojas marchitas, que todos los otoños desde la inundación han estado cosechando por debajo. Sin embargo, ¡ved! A lo largo de la vista de inminentes ramas, ya hay un sendero débilmente trazado, que corre prolijamente de este a oeste, como si una profecía o un augurio de la calle futura hubiera invadido el corazón del viejo bosque solemne. Hacia adelante va este sendero apenas perceptible, por momentos asciende sobre una ondulación natural del terreno, en otros se deja caer suavemente en una hondonada; atravesado aquí por un arroyuelo, que reluce como una serpiente con el destello del sol y que se oculta rápidamente entre la maleza, en su búsqueda de la caleta vecina; e impedido allí por el enorme cadáver de un gigante del bosque, que había vivido más de su incalculable término de vida y había sido derrocado meramente por su vieja edad y yace enterrado en la nueva vegetación que nace de su descomposición. ¿Qué pisadas pueden haber gastado este camino que apenas se ve? ¡Escuchad! ¿No los oímos ahora crujiendo suavemente sobre las hojas? Distinguimos

¹ Traducción de María Julia Pich.

Literatura Norteamericana

una mujer india –una mujer majestuosa y real, si no es así, su imagen espectral no la representa verdaderamente– porque esta es la gran Squaw Sachem², cuyo mandato, con el de sus hijos, se extiende desde Mystic hasta Agawam. Ese jefe rojo, que acecha a su lado, es Wappacowet, su segundo marido, el sacerdote y hechicero, cuyos conjuros de aquí en adelante asustarán a los colonos cara pálidas con fantasmas espeluznantes, bailando y chillando en el bosque, a medianoche. Pero mayor sería el miedo del indio hechicero, si, reflejado en el charco de agua a sus pies, lograra tener una visión profética de las maravillas meridianas que el hombre blanco está destinado a alcanzar; si él pudiera ver, como en un sueño, el frente de piedra de la imponente construcción, que proyectará su sombra en este mismo lugar; si pudiera saber que el futuro edificio contendrá un noble museo, donde, entre incontables curiosidades de la tierra y el mar, ¡se atesorarán algunas puntas de flecha indias como recuerdos de una raza desaparecida!

Ningún augurio de ese tipo perturba a Squaw Sachem y a Wappacowet. Continúan la marcha, debajo de la sombra enredada, sosteniendo una conversación seria sobre asuntos de estado y de religión, e imaginan, sin duda, que su propio sistema perdurará para siempre.

Mientras tanto, ¡cuán llena de vida propia está la escena que los rodea!

La ardilla gris sube corriendo por los árboles y hace susurrar las ramas superiores. ¿Eso no fue el salto de un ciervo? ¡Y ahí el zumbido de una perdiz! Creo, también, que siento el acecho cruel y furtivo de un lobo a medida que se retira hacia aquella impenetrable densidad de maleza. Entonces, allí, en medio del murmullo de las ramas, van la reina india y el sacerdote indio; mientras que la penumbra de la amplia espesura pende sobre ellos y su misterio sombrío les confiere algo de sobrenatural; y solamente momentáneos y temblantes haces de luz solar, muy cada tanto, logran llegar hasta abajo y brillan con luz trémula entre las plumas en sus cabellos oscuros. ¿Puede ser que alguna vez pasará la calle atestada de una ciudad por esta soledad de crepúsculo –por sobre estos suaves montones de troncos de árboles en descomposición– y a través de los lugares pantanosos, verdes de musgo de agua, y penetre ese enredo sin remedio de grandes árboles, que han sido arrancados de raíz y lanzados juntos por un torbellino? Ha sido un territorio virgen desde la creación. ¿No debe ser un territorio virgen para siempre?

Aquí, un caballero de aspecto avinagrado con gafas azules, con patillas de acero de Berlín, que ha tomado un asiento en la punta de la fila de adelante, comienza, en esta temprana etapa de la exhibición, a criticar.

– Todo este asunto es un obvio trapacero– observa, apenas entre dientes –. Los árboles parecen más malezas en un jardín, que un bosque primitivo; Squaw Sachem y Wappacowet están tiesos en sus articulaciones de cartón; y las ardillas, el ciervo y el lobo se mueven con la gracia de un mono de madera de un niño, subiendo y bajando por un palo.

– Le estoy agradecido, señor, por la franqueza de sus observaciones – responde el hombre del espectáculo, con una reverencia –. Quizás sean justas. El arte humano tiene sus límites y cada tanto debemos pedir un poco de ayuda a la imaginación del espectador.

– Usted no conseguirá tal ayuda de la mía – responde el crítico –. Es mi propósito ver las cosas precisamente como son. ¡Pero vamos! ¡Siga! ... ¡El escenario está esperando!

El hombre del espectáculo prosigue.

² “Sachem” es un cargo de gobierno indio.

Literatura Norteamericana

Volviendo nuestros ojos otra vez sobre la escena, percibimos que unos extraños han logrado entrar en el lugar solitario. En más de un lugar, entre los árboles, un hacha levantada brilla a la luz del sol. Roger Conant, el primer colono en Naumkeag, ha construido su vivienda, hace meses, en el borde del camino del bosque; y en este momento, viene en dirección este a través de la vista del bosque, con su escopeta sobre el hombro, trayendo al hogar las porciones selectas de un ciervo.

Su figura fornida, vestida con un jubón de cuero y pantalones de montar del mismo material, avanza decidida con grandes zancadas, con un aire tal de fuerza y de energía física, que casi podríamos esperar que los mismos árboles se apartaran y le dieran paso. Y de hecho eso deben hacer; ya que, por humilde que sea su nombre en la historia, Roger Conant es de esa clase de hombres que no encuentran simplemente, sino que hacen, su lugar en el sistema de asuntos humanos: un hombre de fuerza pensativa, ha plantado el germen de una ciudad. Allí está su morada, que muestra en su tosca arquitectura algunas características del wigwam indio, algunas de la cabaña de troncos y algo, también, de la cabaña de techo de paja de Nueva Inglaterra, donde este buen vasallo que os habla nació y se crió. La vivienda está rodeada de un espacio despejado de algunos acres, donde crece prósperamente maíz indio entre los tocones; mientras que el bosque oscuro lo delimita y parece mirar silenciosa y solemnemente, como si le maravillara la amplitud de la luz solar que el hombre blanco extiende a su alrededor. Un indio, medio oculto en la sombra oscura, mira y se maravilla también.

Dentro de la puerta de la cabaña, se distingue a la esposa, con su mejilla inglesa encendida. Está cantando, sin duda, la tonada de un salmo, durante el trabajo de la casa; o quizás suspire recordando el chisme alegre y toda la vida social feliz de su aldea nativa del otro lado del mar extenso y melancólico. Aún así, un momento después se ríe, con regocijo comprensivo, de las diversiones de su pequeña tribu de niños y pronto se da vuelta, con expresión de hogar en su rostro, cuando escucha el paso de su marido acercándose al umbral toscamente labrado. ¡Qué gratificante debe ser para los que tienen un Edén en sus corazones, como Roger Conant y su esposa, encontrar un mundo nuevo donde poder proyectarlo, como lo han hecho; en lugar de morar entre viejos refugios de hombres, donde tantos fuegos domésticos han sido encendidos y apagados, que el mismo brillo de la felicidad tiene algo sombrío en él! No es que estos dos estén solos en su Edén salvaje; porque ahí viene Goodwife³ Massey, la joven esposa de Jeffrey Massey, de su hogar cercano, con un pequeño en el pecho. Dame Conant tiene otro de edad similar; y de aquí en adelante será uno de los puntos polémicos de la historia cuál de estos dos bebés fue el primero en nacer en la población.

¡Pero, ved! Se alcanza a ver a otros vecinos de Roger Conant a la vista. Peter Palfrey también se ha construido una casa y también lo han hecho Balch, Norman y Woodbury. Sus viviendas, de hecho –tal es la invención ingeniosa de este pieza de mecanismo de imágenes– parecen haber surgido, en varios puntos de la escena, aún cuando la hemos estado mirando. El sendero del bosque, pisado más y más por los zapatos con tachuelas de estos robustos y lentos ingleses, ahora tiene la nitidez que nunca hubiera podido adquirir con el paso ligero de una cantidad cien veces mayor de mocasines indios. Será una calle, pronto. Como lo vemos ahora, avanza de un claro a otro, aquí hundiéndose en una franja sombreada del bosque, allí abierto al sol, pero siempre demostrando una línea marcada, a lo largo de la cual los intereses humanos han comenzado a estar en carrera. Detrás de aquel lugar pantanoso, se han derribado dos árboles y han sido echados lado a

³ Fórmula de cortesía para personas sin origen noble.

Literatura Norteamericana

lado para formar un paso elevado. En otro lugar, el hacha ha despejado un intrincado de árboles caídos y ramas apiñadas, que habían sido arrojadas juntas por un huracán. Entonces, ahora, los niños, que apenas comienzan a correr solos, pueden moverse fácilmente por el sendero sin tropezarse frecuentemente con un obstáculo, a menos que se alejen de él para recolectar frutos del bosque bajo los árboles. Y, además de los pies de los adultos y los niños, están las pezuñas partidas de una pequeña manada de vacas, que buscan su alimento en los pastos nativos y ayudan a profundizar la huella de la futura vía. Las cabras también buscan a lo largo del sendero y mordisquean las ramas que se cruzan por el camino. No pocas veces, en sus sectores más apartados, donde la sombra negra del bosque se esfuerza por esconder el rastro de pisadas humanas, acecha un lobo demacrado, en busca de un niño o de un ternero joven; o fija su mirada hambrienta en el grupo de niños que recolectan frutos y apenas puede contenerse de echárseles encima. Y los indios, que vienen de sus wigwams lejanos para ver el asentamiento del hombre blanco, se maravillan ante el sendero profundo que hace y quizás los entristece un presentimiento fugaz que les dice que este paso pesado logrará cubrir toda la tierra; y que el bosque silvestre, el lobo silvestre y el indio silvestre serán pisoteados de la misma manera. Así será. El pavimento de la Calle Mayor debe ser echado sobre la tumba del piel roja.

¡Mirad! Aquí hay un espectáculo que debería ser presentado por un repique de trompetas, si Naumkeag ya había escuchado alguna vez esa música alegre, y por el rugido de un cañón, haciendo eco por el bosque. Una procesión –porque, por su dignidad, por marcar una época en la historia de la calle, merece ese nombre— una procesión avanza por el sendero. El buen barco Abigail ha llegado de Inglaterra, trayendo mercaderías para el confort de los habitantes y para negociar con los indios; trayendo pasajeros también y, más importante aún, un Gobernador para el nuevo asentamiento. Roger Conant y Peter Palfrey, con sus compañeros, han ido a la orilla para darle la bienvenida; y ahora, con todo el honor y el triunfo que su rudimentaria forma de vida permite, están acompañando a los viajeros traídos por el mar a sus moradas. En el momento en el que Endicott entra en escena, dos árboles venerables unen sus ramas en lo alto por sobre su cabeza formando así un arco triunfal de vivo verdor bajo el cual se detiene, con su esposa apoyándose en su brazo, para obtener una primera impresión de su nuevo hogar. Los viejos colonos lo miran no con menos seriedad que con la que él mira el bosque vetusto y la superficie áspera de los claros. Les gusta su rostro con barba, bajo la sombra del sombrero puritano de ala ancha y alta copa –un semblante resuelto, serio y pensativo, aún así capaz de encenderse con el brillo de un espíritu alegre, que les permite a los hombres de carácter fuerte realizar sus dignas tareas. Su forma, también, como la veis, en un jubón y calzas de tela de color triste, es masculina, adecuada para el trabajo duro y las penurias y adecuada para blandir la pesada espada que cuelga de su cinturón de cuero. Su aspecto es mejor garantía para el cargo de gobernante que el pergamino que lleva con la orden gubernamental, sin importar cuán reforzado esté con el ancho sello del Consejo de Londres.

Peter Palfrey saluda con la cabeza a Roger Conant. "La venerable Corte⁴ ha decidido sabiamente" se dicen entre ellos. "Han elegido como nuestro gobernador a un hombre entre mil." Luego arrojan sus sombreros al aire –ellos y las ordinarias figuras de sus compañeros, la mayoría de los cuales están vestidos con pieles, ya que sus viejas vestimentas de carisea y paño de algodón y lana están rasgadas y hechas andrajos por muchos largos meses de uso. Todos arrojan sus sombreros al aire y saludan a su nuevo gobernador y capitán con un sentido grito inglés de

⁴ En el original, "Court of Assistants". Un tribunal formado por el Gobernador y siete asistentes que se reunía anualmente para debatir casos civiles.

Literatura Norteamericana

bienvenida. ¡Nos parece escucharlo con nuestros propios oídos de tan perfectamente representada que está la acción en esta verosímil y casi mágica imagen!

Pero, ¿habéis reparado en la mujer que se apoya sobre el brazo de Endicott? —una rosa de belleza de un jardín inglés, que ahora será transplantada a suelo más fresco. Puede ser que, muchos años —de hecho, siglos— después de que esta bella flor se haya extinguido, otras flores de la misma raza aparezcan en el mismo suelo y alegren otras generaciones con belleza hereditaria. ¿No nos ha comenzado a perseguir la visión? ¿La naturaleza no ha conservado el molde intacto, considerando una pena que la idea desaparezca de la vista mortal para siempre, apenas después de haber asumido sustancia terrenal? ¿No reconocemos, en el rostro de esa bella mujer, el modelo de facciones que todavía brillan, en momentos felices, en lo que en ese momento era el sendero de los bosques, pero que desde hace tiempo se ha convertido en una calle concurrida?

— ¡Esto es demasiado ridículo! ¡Verdaderamente insufrible! — masculla el mismo crítico que antes había expresado su desaprobación —. Aquí tenemos una figura de cartón, una que un niño podría cortar de una tarjeta, con unas tijeras muy desafiladas; ¡y este hombre modestamente nos pide que veamos en ella el estereotipo de belleza hereditaria!

— Pero, señor, no posee el punto de vista adecuado —observa el hombre del espectáculo—. Usted está sentado demasiado cerca como para obtener el mejor efecto de mi exhibición de imágenes. Por favor, sírvase irse a este otro banco y, me atrevo a asegurarle, la luz y la sombra adecuadas transformarán el espectáculo en algo totalmente diferente.

— ¡Bah!— responde el crítico. —No quiero ninguna otra luz ni sombra. Ya le dije, es mi objetivo ver las cosas como son.

— Yo le indicaría al autor de esta ingeniosa exhibición —observa una persona caballerosa, que ha mostrado signos de estar muy interesada— le indicaría que Anna Gower, la primera esposa del Gobernador Endicott, quien vino con él desde Inglaterra, no dejó descendientes; y que, consecuentemente, no podemos estar en deuda con esa honorable dama por ningún espécimen de belleza femenina, que ahora exista entre nosotros.

No teniendo nada que alegar contra esta objeción genealógica, el hombre del espectáculo señala nuevamente la escena.

Durante esta pequeña interrupción, se percibe que la energía anglosajona —como se dice ahora— ha estado en funcionamiento en el espectáculo frente a nosotros. Son tantas las chimeneas que ahora envían su humo hacia arriba, que comienza a tener el aspecto de una calle de pueblo; a pesar de que todo es tan inartificial e incipiente, que pareciera que una ola de la naturaleza salvaje podría volver a inundarlo todo. Pero el edificio que da la promesa de permanencia a este audaz emprendimiento se ve en el punto central de la imagen. Allí está el templo, una estructura pequeña, de techo bajo, sin chapitel y hecha de madera tosca, recientemente labrada, con la savia aún en los troncos y cada tanto una franja de corteza adherida a ellos. Nunca se consagró un templo más miserable al culto de Dios. Con la opción de arrodillarse bajo la imponente bóveda del firmamento, es raro que los hombres se metan en este rincón reprimido y esperen encontrar la presencia de Dios ahí. Ese, al menos, uno se imaginaría, podría ser el sentimiento de esos colonos del bosque, acostumbrados como habían estado a pararse bajo los oscuros arcos de las grandes catedrales y a ofrecer adoración hereditaria en los viejos templos cubiertos de hiedra de la Inglaterra rural, alrededor de los cuales yacen los huesos de muchas generaciones de sus antepasados. ¿Cómo pudieron prescindir del altar tallado?... ¿Cómo pudieron prescindir de los vitrales, donde la luz del

Literatura Norteamericana

día común se santificaba al ser transmitida a través de las figuras glorificadas de los santos?... ¿Cómo prescindieron de los techos altos, imbuidos, como debían haber estado, con los rezos que se habían elevado por siglos?... ¿Cómo prescindieron del rico tañido del solemne órgano, deslizándose por las naves, invadiendo todo el templo y arrastrando el alma con un torrente de religión audible? No necesitaron nada de todo esto. Su casa de adoración, como su ceremonial, era despojada, simple y austera. Pero el celo de una fe recuperada quemaba como una lámpara dentro de sus corazones, enriqueciendo todo a su alrededor con su resplandor; haciendo de estas nuevas paredes y de este angosto espacio, su propia catedral; y siendo, en sí mismos, ese misterio y experiencia espirituales, de los cuales la arquitectura sagrada, los vitrales y la magnífica solemnidad del órgano son símbolos vagos e imperfectos.

Todo estaba bien, siempre y cuando sus lámparas estuvieran recién encendidas en la llama celestial. Después de un tiempo, sin embargo, en su tiempo o en el de sus hijos, estas lámparas empezaron a quemar más débilmente o con menos lustre genuino; y entonces se podría ver cuán duro, frío y limitado era su sistema –¿cuánto se parecía a una jaula de hierro eso que llamaban Libertad!

He dicho demasiado de esto. Miren otra vez la imagen y observen cómo la energía anglosajona anteriormente mencionada va dando tumbos por la calle y levantando una verdadera nube de polvo bajo sus pisadas tenaces. Porque allí los carpinteros están construyendo una nueva casa, cuyo marco ha sido labrado y hecho a medida en Inglaterra, de roble inglés, y ha sido enviado aquí por barco; y aquí un herrero hace muchísimo ruido sobre su yunque, dando forma a herramientas y armas; y allí un carretero, quien alardea de ser un trabajador de Londres, metódicamente educado para su trabajo manual, está dando forma a un juego de ruedas de carro, cuyas huellas pronto serán visibles. El bosque salvaje está retrocediendo; la calle ha perdido el olor aromático de los pinos y del dulce helecho que crecía bajo ellos.

Las tiernas y modestas flores silvestres, esos niños delicados de naturaleza salvaje que empalidecían bajo la sombra siempre protectora, se han empequeñecido y desaparecido, como estrellas que se disipan en la amplitud de la luz. Los jardines están vallados y dejan ver canteros de calabazas e hileras de repollos y granos; y, aunque ni el gobernador ni el ministro lo vean con buenos ojos, plantas de tabaco de hoja ancha, que a los cultivadores se les impone que usen en forma privada, o sino que no las usen.

En el último año, no se ha escuchado ladrar a ningún lobo ni se ha sabido que deambule entre las casas, a excepción de uno solo cuya cabeza espeluznante, con un charco de sangre debajo, ahora está fijada al portal del templo. La perdiz ha dejado de cruzar corriendo el sendero demasiado frecuentado. De toda la vida silvestre que solía apiñarse aquí, solo los indios aún vienen al asentamiento, trayendo las pieles de castor, nutria, oso y uapití, que venden a Endicott por mercancías de Inglaterra. Y allí está el pequeño John Massey, el hijo de Jeffrey Massey y primogénito de Naumkeag, jugando junto al umbral de su padre, un niño de seis o siete años. ¿Cuál es el pequeño que mejor ha crecido... el pueblo o el niño?

Los pieles rojas se han dado cuenta que la calle ya no es libre para ellos, salvo con el permiso a regañadientes de los colonos. A menudo, para intimidarlos con una muestra de poder inglés, hay asamblea y entrenamiento de las fuerzas del pueblo y una marcha solemne de la banda cubierta en armaduras, como esta que ahora vemos avanzando por la calle. Ahí vienen, cincuenta de ellos, o más; todos con sus petos de hierro y sus cascos de acero bien bruñidos y brillando

Literatura Norteamericana

valientemente al sol; sus pesados mosquetes sobre los hombros, sus bandoleras alrededor de las cinturas, sus antorchas encendidas en las manos y el tambor y el pífano sonando alegremente delante de ellos. ¡Ved! ¿No avanzan como militares? ¿No maniobran como soldados que han visto campos de batalla assolados? Y pueden llegar a verlos; porque esta banda está compuesta precisamente por los mismos materiales con los que Cromwell se está preparando para abatir la fuerza de un reino; y su famoso regimiento de hombres de hierro podría ser reclutado de esos mismos hombres. En todo, en este período, Nueva Inglaterra era el espíritu esencial y la flor de lo que estaba a punto de convertirse en lo más importante en la madre patria. Muchos hombres valientes y sabios perdieron la fama que hubieran acumulado en la historia inglesa, al cruzar el Atlántico con nuestros antepasados. Muchos capitanes valientes, que podrían haberse destacado en Marston Moor o en Naseby, agotaron su ardor marcial comandando una fortaleza de troncos, como esa que observan en esa suave ondulación del terreno a la derecha del sendero –su estandarte sacudiéndose en la brisa y las culebrinas y los sacres mostrando sus bocas infalibles por encima de la murallas.

Ahora innumerables personas estaban apareciendo en Nueva Inglaterra; algunas, porque el marco antiguo y firme de la iglesia y del estado amenazaba con caer sobre sus cabezas; otras, porque los desesperaba semejante ruina.

Entre los que vinieron a Naumkeag había hombres de historia y leyenda, cuyos pies dejan un sendero de brillo a lo largo de cualquier camino que hayan transitado. Ustedes contemplarán sus verosímiles imágenes –sus espectros, si eligen llamarlos así– pasando, dándose un familiar saludo con la cabeza, parando a conversar juntos, rezando, blandiendo armas, trabajando o descansando de sus trabajos, en la Calle Mayor. Ahora viene Hugh Peters, un hombre serio e inquieto, caminando velozmente, como si estuviera propulsado por esa actividad febril de la naturaleza que en el futuro lo llevará al conflicto de asuntos peligrosos, lo hará capellán y consejero de Cromwell y finalmente lo llevará a un final sangriento. Se detiene, junto al templo, para intercambiar un saludo con Roger Williams, cuyo rostro indica, a mi parecer, un espíritu más moderado, amable y comunicativo que el de Peters; pero no menos activo para lo que él distingue como la voluntad de Dios o el bienestar de la humanidad. ¡Y mirad! Aquí hay un invitado para Endicott, saliendo del bosque, a través del cual ha estado viajando desde Boston, y el cual, con sus ramas maleducadas, ha enganchado su vestimenta y ha mojado sus pies con sus pantanos y arroyos. Igualmente hay algo en su presencia moderada y venerable pero no envejecida, un decoro, un equilibrio en la naturaleza del Gobernador Winthrop, que hace que el desorden de su vestimenta pase inadvertido y nos da la misma impresión que si estuviera vestido con ropas tan serias y ricas como las que podemos suponer llevaba en la Cámara de Consejo de la Colonia.

¿No se percibe maravillosamente esta característica de su persona en nuestro representante espectral? Pero, ¿qué dignatario es este que cruza desde el otro lado para saludar al gobernador? Un personaje solemne, con una capa de terciopelo oscura, con una barba cana y una cadena de oro cruzándole el pecho; tiene el porte autoritario de quien ha cubierto el más alto puesto de la ciudad en las ciudades más importantes. De todos los hombres del mundo, el que menos deberíamos esperar encontrar es el Lord Alcalde de Londres –como ha sido esperado en repetidas ocasiones Sir Richard Saltonstall— en un asentamiento rodeado de bosques de la espesura occidental.

Más allá en la calle, vemos a Emanuel Downing, un ciudadano serio y honorable, con su hijo George, un mozuelo que tiene una carrera por delante; su capacidad astuta y rápida y su conciencia maleable no sólo le merecerá elogios, sino que lo protegerá de la ruina. Aquí hay otra

Literatura Norteamericana

figura, a cuyo porte característico y acción expresiva atribuiré el crédito de mi espectáculo de imágenes con títeres. ¿No han notado ya un humor extraño y travieso en esa cara –una excentricidad en la actitud, una cierta rebeldía indescriptible– todas las marcas, en pocas palabras, de un hombre original, con impronta inconfundible, aún así contenido por un sentido de limitación clerical? Ese es Nathaniel Ward, el ministro de Ipswich, pero mejor recordado como un simple zapatero de Agawam. Martilló su suela y su alma con tanta devoción y cosió tan bien el cuero, que el zapato apenas está gastado, a pesar de que se lo haya apartado hace casi dos siglos. Y después, entre estos puritanos y parlamentarios, observamos el mismísimo modelo de monárquico, con el mechón rizado, la barba fantásticamente recortada, el bordado, el estoque decorado, la daga dorada y toda otra elegancia exagerada que distinguía a los galanes salvajes que cabalgaban precipitadamente a su derrocamiento en la causa del Rey Carlos. Este es Morton de Merry Mount, que ha venido aquí para encontrarse con Endicott, pero pronto será su prisionero. Aquella figura pálida y deteriorada de una mujer con vestiduras blancas que se desliza lentamente por la calle, es Lady Arabella, buscando su propia tumba en el suelo virgen. Esa otra forma femenina, que parece estar hablando –casi podríamos decir predicando o exponiendo— en el medio de un grupo de oyentes profundamente atentos, es Ann Hutchinson. Y aquí viene Vane.

– Pero, mi estimado señor– interrumpe el mismo caballero que antes cuestionaba la exactitud genealógica del hombre del espectáculo –, permítame observar, que es imposible que estos personajes históricos se hayan encontrado en la Calle Mayor. Quizás todos visitaron nuestro viejo pueblo, y probablemente lo hayan hecho, en un momento u otro, pero no simultáneamente; ¡y usted ha caído en anacronismos que yo decididamente tiemblo de solo pensar!

– Este hombre –agrega el crítico poco civilizado– ha aprendido un martirologio de nombres históricos, que arrastra y mete en este espectáculo de imágenes con títeres, como lo llama, atropelladamente, sin importar si son contemporáneos o no, y siembra discordia entre ellos. ¡Habrás visto semejante caudal de insolencia! Al escuchar su continuo comentario, uno supondría que estas miserables tiras de cartón pintado, sin el más remoto esbozo de una figura humana, tendrían toda la personalidad y expresión de las pinturas de Miguel Ángel. ¡Bueno!... ¡Prosiga, señor!

– Señor, usted rompe la ilusión de la escena– se quejó gentilmente el hombre del espectáculo.

– ¡Ilusión! ¿Qué ilusión? –replica el crítico, con un resoplo despectivo–. Le doy mi palabra de caballero, no veo nada de ilusión en la plancha de lienzo terriblemente embadurnada que forma su fondo o en estas tiras de cartón que se mueven bruscamente. La única ilusión, permítame decir, está en la lengua del hombre del espectáculo de títeres... ¡y es una lengua vil, por si fuera poco!

–Nosotros, los hombres públicos –responde el hombre del espectáculo dócilmente–, debemos dar nuestra versión, a veces, para enfrentar una severidad sañosa de la crítica. Pero —solo por su propio bien, señor— permítame ofrecerle otro punto de vista. Siéntese más atrás, junto a aquella jovencita, en cuyo rostro he visto el reflejo de cada cambio de escena; solo sírvase sentarse allí; y, le doy mi palabra, las tiras de cartón adquirirán vida espiritual y el lienzo embadurnado se volverá un reflejo etéreo y variable de lo que pretende representar.

–A mí no me puede engañar –replica el crítico, ubicándose en su asiento, con una inflexibilidad hosca pero satisfecho de sí mismo–. Y, en cuanto a mi propio bien, mejor debería tenerlo en consideración al quedarme justamente donde estoy.

Literatura Norteamericana

El hombre del espectáculo hace una reverencia y saluda con la mano; y, con esta señal, como si el tiempo y la vicisitud hubieran estado esperando su permiso para proseguir, la calle de imitación vuelve a la vida otra vez.

Los años han pasado por nuestra escena y han convertido el sendero del bosque en una vía polvorienta que, al estar cruzada por senderos y caminos que la cortan, bien puede ser designada Calle Mayor. En los emplazamientos de muchas de las cabañas construidas con troncos, en las que los primeros colonos se refugiaban, ahora han surgido casas de arquitectura extraña y pintoresca. Estos últimos edificios están contruidos, como ven, en un estilo generalmente uniforme, aunque con una variedad tan subordinada que mantiene en vilo la curiosidad del observador y hace que cada estructura, como el carácter del dueño, produzca su propia impresión particular. La mayoría tiene una chimenea enorme en el centro, con tiros tan grandes que debe haber sido fácil para las brujas salir volando de ellos, como era su costumbre, cuando estaban comprometidas a hacerle una visita aérea al Príncipe Negro en el bosque. La casa de madera se apiña alrededor de esta gran chimenea, en una entera comunidad de hastiales, cada una ascendiendo hacia su propio pico; el segundo piso, con sus ventanas entramadas, da al primero; y la puerta, que quizás tenga forma de arco, con un martillo de hierro del lado de afuera, con el cual la mano del visitante puede dar un atronador golpeteo. El marco de madera de estas casas, comparado con las recientes, es como el esqueleto de un viejo gigante, al lado de los frágiles huesos de un hombre moderno. Muchas de ellas, por la gran fuerza y firmeza de su sustancia de roble, han permanecido durante un trecho de tiempo que hubiera comprometido la estabilidad del ladrillo y la piedra; de modo tal que, en todo el deterioro progresivo y reconstrucción continua de la calle, hasta nuestros propios días, podamos todavía contemplar estos viejos edificios ocupando sus lugares de siempre. Por ejemplo, en la esquina superior de ese sendero verde que en adelante será North-street, vemos la Curwen House, recién construida, con los carpinteros todavía trabajando en el techo, clavando la última tira de tejas.

En la esquina inferior hay otra morada –destinada, en algún período de su existencia, a ser la residencia de un alquimista sin éxito– que sobrevivirá de la misma manera hasta nuestra propia generación y quizás la sobreviva muchos años. Así, a través de estos edificios patriarcales, hemos establecido una especie de conocimiento familiar y hereditario con la Calle Mayor.

Aunque la transformación producida por un corto período de años es grande, cada día se cuele lentamente dentro del asentamiento puritano. Pasará delante de vuestros ojos, condensado en el espacio de pocos minutos. La luz gris de la mañana temprana se difunde lentamente sobre la escena; y el campanero, cuya labor es anunciar la hora en las esquinas de la calle, tañe su campana de mano por última vez y se va cansado hacia su hogar, con las lechuzas, los murciélagos, y otras criaturas nocturnas. Las celosías, abiertas, se golpean violentamente sobre sus bisagras, como si el pueblo estuviera abriendo sus hojas, en la mañana de verano. Tropieza el pastor todavía somnoliento, con su cuerno; al ponerlo sobre sus labios, emite un bramido estruendoso, imposible de representar en la imagen, pero que alcanza las orejas atentas de cada vaca en el asentamiento y le dice que la hora de los pastos cubiertos de rocío ha llegado. Casa tras casa despierta y envía desde su chimenea el humo ondulante, como aliento congelado de fosas nasales vivientes; y a medida que aquellos espirales blancos de humo, a pesar de estar impregnados de mezclas terrenales, se elevan hacia el cielo, lo mismo hace, de cada morada, el rezo matutino —su esencia espiritual soportando su imperfección humana– y logra alcanzar el trono celestial del Padre.

Ya pasada la hora del desayuno, los habitantes no van, como de costumbre, a los campos o a los talleres, sino que permanecen adentro; o quizás caminen por la calle, con una sobriedad

Literatura Norteamericana

solemne, aún así tienen un aspecto descomprometido y liberado, que no corresponde ni a un día festivo ni a un domingo. Y, de hecho, este día que transcurre no es ninguna de las dos cosas, ni tampoco es un día de semana común, aunque tenga algo de los tres. El Sermón de los Jueves; una institución a la que Nueva Inglaterra ha renunciado mucho tiempo ha, y que ha casi olvidado, sin embargo hubiera sido mejor conservarla, ya que se relaciona tanto con la vida espiritual como con la de todos los días y hace que se conozcan mejor. Las muestras de su observancia, sin embargo, que aquí vemos, son de tipo bastante cuestionable. En un sentido, es un día de vergüenza pública; el día en el que los transgresores, que se han hecho pasivos de las severidades menores de la ley puritana, reciben su recompensa de ignominia. En este preciso momento, el agente de policía ha atado a un hombre haragán al poste de los azotes y le está dando su merecido con un azote de tiras de nueve nudos.

Desde el amanecer, Daniel Fairfield ha estado parado en los escalones del templo, con una soga alrededor del cuello, la que está condenado a usar a la vista durante toda su vida; Dorothy Talby está encadenada a un poste en la esquina de Prison Lane, con el sol caliente ardiendo sobre su cara de matrona, y todo eso nada más que por levantarle la mano a su esposo; mientras, a través de los barrotes de esa enorme jaula de madera, en el centro de la escena, distinguimos un ser humano o una bestia salvaje, o los dos en uno, a quien esta infamia pública hace rugir, rechinar los dientes y sacudir los fuertes barrotes de roble, como si fuera a romperlos y a liberarse y a despedazar a los niños que han estado espíandolo. Esas son las imágenes provechosas que sirven a la gente buena para pasar la primera parte del día de sermón. Temprano en la mañana, un viajante –el primer viajante que ha venido hacia aquí esta mañana– cabalga lentamente por la calle su paciente corcel. Parece un clérigo, y, a medida que se va acercando, reconocemos al ministro de Lynn, que se había comprometido a dar un sermón aquí y que ha estado considerando su discurso mientras cabalgaba por la vetusta espesura. Mirad, ahora, el pueblo entero lanzándose hacia el templo, la mayoría con rostros tan sombríos que el brillo del sol parece apenas más que una sombra cuando cae sobre ellos. ¡Ahí van Los Trece, gobernantes sombríos de una comunidad sombría!

Ahí va John Massey, el primer niño nacido en el pueblo, ahora un joven de veinte, cuyos ojos se dirigen con particular interés hacia la doncella bien dotada que sube los escalones en el mismo instante. Renguea Goody Foster, una vieja arpía mordaz y avinagrada, con aspecto de que fuera a maldecir, y no a rezar, y de quien muchos de sus vecinos sospechan que hace ocasionales vuelos en escoba. Allí también, entrando sigilosamente y con vergüenza, notamos al mismo pobre vago bueno para nada, a quien vimos castigar hace poco en el poste de los azotes. Por último, ahí va el hombre del diezmo, arrastrando a un par de niños, a quienes ha pescado jugando bajo el bendito sol de Dios, en un sendero trasero. ¿Qué nativo de Naumkeag, cuyos recuerdos abarquen más de treinta años, no se estremece ante ese ogro oscuro de su infancia, quien quizás había dejado de tener una existencia real hacía mucho tiempo, pero todavía vivía en su creencia infantil; en una horrorosa idea, y en la amenaza de la niñera, como el hombre de la bolsa?

No valdrá demasiado la pena esperar dos, o quizás tres, vueltas del reloj de arena, para la finalización del sermón. Por lo tanto, por obra de mi control sobre la luz y la oscuridad, hago que el atardecer, y luego la noche sin estrellas, cubran la calle; y convoco nuevamente al campanero, que emite con su linterna un reflejo entre sus pasos, para que camine cansadamente de esquina a esquina y anuncie perezosamente la hora a oídos somnolientos o soñadores.

Estemos felices, si no es por otra cosa, porque no vivimos en esos días. La verdad es que, cuando la novedad y la primera conmoción del espíritu se habían calmado –cuando el nuevo

Literatura Norteamericana

asentamiento, entre el límite del bosque y el mar, se había convertido en realidad en un pequeño pueblo— su vida cotidiana debe haber avanzado con dificultad y con casi nada que la diversificara o la animara, mientras que su rigidez no dejaba de causar distorsiones miserables a la naturaleza moral. Una vida semejante era siniestra para el intelecto y siniestra para el corazón; especialmente cuando una generación había legado su melancolía religiosa, y la falsificación de su fervor religioso, a la siguiente; porque estas características, como fue inevitable, adoptaron la forma de hipocresía y exageración, al ser heredadas por el ejemplo y el precepto de otros seres humanos, y no por la fuente original y espiritual. Los hijos y nietos de los primeros colonos fueron una raza de almas inferiores y más limitadas que las de sus progenitores. Estos últimos eran adustos, severos, intolerantes, pero no eran supersticiosos, ni siquiera fanáticos; y estaban dotados, si algún hombre de esa época lo estaba, de una sagacidad mundana con visión de futuro. Pero fue imposible que creciera la raza subsiguiente, en la libertad del Cielo, bajo la disciplina que su energía sombría de carácter había establecido; tampoco, quizás, nos hemos deshecho aún de todas las influencias desfavorables que, entre muchas buenas, nos fueron legadas por nuestros antepasados puritanos. Agradecemos a Dios por habernos dado semejantes ancestros; y dejemos que cada generación sucesiva le agradezca, no menos fervientemente, por estar un paso más lejos de ellos con el paso del tiempo.

– ¿Qué es todo esto? –grita el crítico.– ¿Un sermón? Si es así, no está en el programa.

– Muy cierto— responde el hombre del espectáculo— y le pido perdón a la audiencia.

Ahora miren la calle y observen a un grupo de gente extraña que está entrando. Sus vestimentas están rasgadas, sus rostros demacrados, sus figuras escuálidas; porque se han abierto paso hasta aquí a través de desiertos sin senderos, sufrieron hambre y necesidades, sin ningún otro refugio que un árbol hueco, la guarida de una bestia salvaje o un wigwam indio. Tampoco estaba allí, en lo más inhóspito y peligroso de esos alojamientos, ni siquiera la mitad del peligro que les espera en esta vía de hombres cristianos, con esas moradas seguras y tibias chimeneas a cada lado y aquel templo como el objeto central de la escena. Estos trotamundos han recibido del Cielo un regalo que, en todas las épocas del mundo, ha traído consigo las penas de sufrimiento mortal y persecución, desdén, enemistad, y la misma muerte. Un regalo que, tan terrible para sus poseedores, siempre ha sido más aborrecible para los otros hombres, ya que su misma existencia parece amenazar con el derrocamiento de todo lo demás que los tiempos duros han acumulado: el regalo de una nueva idea. Pueden distinguirla en ellos, iluminando sus caras —sus personas todas, de hecho, sin importar que se vean terrenales y rústicas— con una luz que inevitablemente trasluce y hace que la comunidad asustada se dé cuenta que estos hombres no son como ellos; ni hermanos ni vecinos de su pensamiento. Inmediatamente, es como si retumbara un terremoto por el pueblo, haciendo que se sientan sus vibraciones en todos los hogares y especialmente haciendo que el chapitel del templo se tambalee. ¡Han llegado los cuáqueros! ¡Estamos en peligro! ¡Ved! Pisotean nuestras leyes sabias y bien establecidas en la persona de nuestro Magistrado en Jefe; porque el Gobernador Endicott está pasando, ahora un hombre viejo y dignificado con atuendos largos de autoridad, y ¡ni uno de los irreverentes vagabundos se ha quitado el sombrero! ¿Advertieron el ceño fruncido de mal augurio del gobernador puritano de barba blanca, cuando se volteó, y, en su enojo, elevó su bastón que se ha convertido en el soporte necesario en su avanzada edad? Aquí viene el viejo señor Norris, nuestro venerable ministro. ¿Se quitarán el sombrero y le harán una reverencia a él? No: sus sombreros están pegadísimos a sus cabezas descorteses, como si crecieran allí; y —como sirvientes impíos que son, ¡y peor que los paganos indios!— miran de arriba abajo a nuestro reverendo pastor con

Literatura Norteamericana

particular desdén, desconfianza, descreimiento y completa negación de sus pretensiones santificadas, de lo que él mismo es consciente inmediatamente; más amargamente conciente, ya que nunca antes conoció o soñó algo parecido.

¡Pero mirad más allá! ¿Podemos dar crédito a nuestros ojos? Una mujer cuáquera, vestida en arpillera y con cenizas en su cabeza, ha subido los escalones del templo. Se dirige a la gente con una voz salvaje y aguda —salvaje y aguda debe ser, para adaptarse a tal figura— que los hace temblar y empalidecer, aunque se apiñen con la boca abierta a escucharla. Es valiente frente a la autoridad establecida; denuncia al sacerdote y a su casa con campanario. Muchos de sus oyentes se horrorizan; algunos sollozan; y otros escuchan con una atención embelezada, como si una verdad viviente hubiera, por primera vez, forzado su camino por la costra de la costumbre, hubiera alcanzado sus corazones y los hubiera despertado a la vida. Se debe prestar atención a este asunto; si no, nos hemos traído nuestra fe a través de los mares en vano; y hubiera sido mejor que el viejo bosque todavía estuviera aquí, sacudiendo sus ramas enredadas, y murmurándole al cielo desde sus desolados huecos, en lugar de esta elegante calle, si tales blasfemias se hablan en ella. Así pensaron los viejos puritanos. Lo que fue su forma de actuar puede ser juzgada parcialmente por los espectáculos que pasan delante de nuestros ojos. Joshua Buffum está en la picota. Se llevan a Cassandra Southwick a la prisión. Y allí una mujer —es Ann Coleman— desnuda de la cintura para arriba, y atada a la cola de una carreta, es arrastrada por la Calle Mayor al paso de una caminata rápida, mientras que el alguacil sigue con un látigo de cuerdas anudadas. Un hombre de mano dura, es ese alguacil; y cada vez que agita su látigo en el aire, se ve que su ceño se arruga y retuerce y, al mismo tiempo, se le dibuja una sonrisa en los labios. Ama su labor, él es un funcionario fiel y pone su alma en cada uno de los golpes, pone gran celo en cumplir el mandamiento de la orden judicial del comandante Hawthorne, en espíritu y al pie de la letra. ¡Ahí cayó un golpe que hizo sangrar! Diez de esos azotes deben ser dados en Salem, diez en Boston y diez en Dedham; y, con aquellas treinta rayas de sangre sobre ella, será llevada al bosque. El rastro carmesí va oscilando por la Calle Mayor; pero si el Cielo permite, que, al igual que la lluvia de tantos años ha llorado sobre él, una y otra vez y ha lavado todo, ¡quizás haya un rocío de misericordia, que borre esta cruel mancha de sangre del prontuario de la vida del acusador!

¡Pase, usted, espectro del alguacil, y váyase a su propio lugar de tormento! Mientras tanto, gracias al funcionamiento silencioso del mecanismo detrás de escenas, un espacio considerable de tiempo parece haber pasado por la calle. Las moradas más viejas ahora comienzan a verse azotadas por los elementos, por efecto de muchas tormentas del este que han humedecido sus tejas y listones despintados, durante no menos de cuarenta años. Esa es la edad que le asignaríamos al pueblo, a juzgar por el aspecto de John Massey, el primer niño nacido allí, a quien sus vecinos ahora llaman Goodman⁵ Massey, y a quien vemos allá lejos, un hombre serio, de aspecto casi otoñal, con sus hijos alrededor. Para los patriarcas del asentamiento, sin duda, la Calle Mayor sigue siendo solo un asunto de ayer, apenas más antigua, aún si está destinada a ser más permanente, que el sendero abierto en la nieve. Pero para las persona de mediana edad y hombres ancianos que vinieron aquí en su infancia o temprana juventud, ofrece el aspecto del trabajo bien establecido desde hace mucho tiempo, sobre el que han agotado la fuerza y fervor de sus vidas. Y la gente más joven, nativa de la calle, cuyos recuerdos más tempranos son los de asomarse al umbral paterno, rodar por el margen cubierto de hierba del camino, lo ven como una de esas cosas perdurables de nuestro estado mortal

⁵ Fórmula de cortesía para personas sin origen noble.

Literatura Norteamericana

–tan antigua como las colinas de espléndidos pastos o el cabo en la boca del puerto. Sus padres y abuelos les cuentan, cómo, hasta hace pocos años, el bosque se levantaba aquí con solo un sendero solitario bajo su sombra enredada. ¡Leyenda inútil! No pueden hacerla cierta y real.

Es más, con ellos la Calle Mayor es verdaderamente una calle, digna de pasar altiva entre las avenidas atestadas y majestuosas de las ciudades del otro lado del mar. Los viejos puritanos les cuentan de las multitudes que se apresuran por Cheapside, Fleet–street y Strand y del gran movimiento de vida tumultuosa en Temple Bar.

Describen el puente de Londres, una calle en sí mismo, con una hilera de casas de cada lado. Hablan de la inmensa estructura de la Torre y del esplendor solemne de la Abadía de Westminster. Los niños escuchan y aún preguntan si las calles de Londres son más largas y más anchas que la que pasa por la puerta de sus padres; si la Torre es más grande que la cárcel en Prison Lane; si la vieja Abadía podrá albergar una congregación más grande que la de nuestro templo. Nada los impresiona, salvo su propia experiencia.

También parece todo una fábula que alguna vez hayan acechado lobos aquí; y, no menos, que la Squaw Sachem y el Sagamore –su hijo– alguna vez hayan gobernado esta región y hayan tratado como potentados soberanos con los colonos ingleses, en aquel entonces tan pocos y golpeados por las tormentas, ahora tan poderosos. Allí hay algunos escolares, observad, en un pequeño grupo alrededor de un indio ebrio, él mismo un príncipe del linaje Squaw Sachem. Trajo aquí algunas pieles de castor para vender y ya ha ingerido la mayor parte de su precio, en tragos mortales de aguardiente. ¿No hay un toque de patetismo en esta imagen? ¿Y no cuenta muy bien toda la historia del crecimiento y prosperidad grandiosos de una raza y la caída condenada de otra?... ¡Los niños del extranjero haciendo presa del nieto de la gran Squaw Sachem!

Pero no toda la raza de los pieles rojas ha desaparecido con la princesa salvaje y su descendencia. Esta marcha de soldados por la calle indica el inicio de la guerra del Rey Felipe; y estos jóvenes hombres, la flor y nata de Essex, están en camino a defender los pueblos sobre el Connecticut; donde, en Bloody Brook, un terrible golpe será asestado y casi nadie de esa banda valiente quedará vivo. Y allí, en esa mansión majestuosa, con sus tres picos enfrente y sus dos pequeñas torres en punta, una a cada lado de la puerta, vemos al valiente capitán Gardner saliendo, vistiendo su abrigo de gamuza bordado y su sombrero con pluma en la cabeza. Su fiel espada, en su funda de acero, golpea haciendo ruido en el umbral. Vean cómo la gente acude a sus puertas y ventanas, cuando pasa el caballero frenando su corcel moteado tan galantemente y tan parecido a la mismísima personificación y emblema del logro militar... ¡destinado, también, a encontrar el destino de un guerrero, en el asalto desesperado a la fortaleza de los Narragansetts!

– El corcel moteado parece un cerdo –interrumpe el crítico– y el mismo Capitán Gardner, el demonio, aunque uno muy dócil y en una escala minúscula.

– ¡Señor, Señor! –grita incordiado el hombre del espectáculo, perdiendo toda paciencia – porque, de hecho, estaba particularmente orgulloso de estas figuras del capitán Gardner y su caballo. –Veo que no hay esperanza de complacerlo. ¡Señor, sírvase tomar su dinero y retirarse!

–¡Yo no! –responde el crítico sin escrúpulos–. Recién ahora me estoy empezando a interesar en el asunto. ¡Vamos! ¡Gire su manivela, produzca algunas más de estas payasadas!

Literatura Norteamericana

El hombre del espectáculo se frota el ceño impulsivamente, sacude la pequeña varilla con la que señala los personajes importantes de la escena—pero, finalmente, con la conformidad inevitable de todos los servidores públicos, recobra su compostura y continúa.

¡Avance, avance, Tiempo! ¡Construya nuevas casas aquí y tire abajo sus trabajos de ayer, que ya tienen el musgo oxidado sobre ellos! ¡Convoque al ministro a la morada de la joven doncella y pídale que la una al alegre novio! ¡Haga que los jóvenes padres lleven a su primogénito al templo para que reciba el rito bautismal! ¡Golpee la puerta cuando la línea azabache del funeral esté por salir! ¡Haga que otras generaciones sucesivas de hombres comercien, hablen, discutan o caminen con trato amistoso por la calle, como sus padres lo hicieron antes que ellos! ¡Realice su acostumbrada labor cotidiana, Padre Tiempo, en esta vía, que sus pisadas, por tantos años, han hecho polvorienta! Pero aquí, finalmente, encabeza una procesión que, una vez vista, no volverá a aparecer y será recordada sólo como un horroroso sueño suyo o un arrebató de su viejo cerebro.

— ¡Gire su manivela, le digo —grita el crítico sin remordimiento—, y hágala funcionar, sea lo que sea, sin más preámbulo!

El hombre del espectáculo considera que es mejor obedecer.

Entonces, aquí viene el honorable Capitán Curwen, Sheriff de Essex, a caballo, encabezando una guardia armada, conduciendo una cofradía de prisioneros condenados desde la cárcel hasta su lugar de ejecución en Gallows Hill⁶. ¡Las brujas! ¡Es imposible confundirlas! ¡Las brujas! A medida que se acercan a Prison Lane y doblan por la Calle Mayor, observemos sus rostros, como si formáramos parte de la pálida multitud que se apretuja con tanto entusiasmo a su alrededor, pero se retira con tal terror escalofriante, dejando libre un paso entre la densa multitud. Escuchad lo que dice la gente.

Está el viejo George Jacobs, conocido del lugar, estos sesenta años, como un hombre a quien considerábamos recto en todo su modo de vida, callado, intachable, un buen marido antes que su devota esposa fuera convocada desde el mal y un buen padre para los niños que ella le dejó. ¡Ah! Pero cuando la bienaventurada mujer se fue al Cielo, el corazón de George Jacobs quedó vacío, su hogar solitario, su vida rota; sus hijos estaban casados y se trasladaron a moradas propias; y Satanás, en sus andanzas por ahí, contempló a este viejo desesperado, para quien la vida era monotonía y fatiga, y encontró la forma de tentarlo. Así, a este miserable pecador se le impuso elevarse por el aire e ir a toda velocidad entre las nubes; y está probado que ha estado presente en un aquelarre en algún lugar tan alejado como Falmouth, la misma noche que sus vecinos de al lado lo vieron, con su joroba reumática, entrando por su propia puerta. También está John Willard; ¡un hombre honesto lo considerábamos, y tan astuto y activo en su negocio, tan práctico, tan resuelto en los asuntos de todos los días, tan constante en su pequeño lugar de comercio, donde cambiaba productos ingleses por maíz indio y todo tipo de productos nativos! ¿Cómo un hombre así pudo encontrar tiempo o qué se le puso en la cabeza para dejar su verdadera profesión y volverse un brujo? Es un misterio, a menos que el Príncipe Negro lo haya tentado con grandes parvas de oro. Vean a esa pareja mayor —una imagen verdaderamente triste— John Proctor y su esposa Elizabeth. Si había dos ancianos en todo el condado de Essex que parecían llevar una vida verdaderamente cristiana y estar transitando esperanzadamente su pequeño remanente de este camino terrenal, era esta misma pareja. Sin embargo, hemos escuchado jurar, a satisfacción del venerable Jefe de

⁶ Colina del patíbulo.

Literatura Norteamericana

Justicia Sewall y de todo el tribunal y el jurado, que Proctor y su esposa han mostrado sus caras marchitas junto a las camas de los niños, haciendo burlas y muecas y asustando a los pobres pequeños inocentes durante la noche. Ellos, o sus apariciones espectrales, han clavado alfileres a los Afligidos y los han llevado a desmayos mortales, con solo tocarlos o mirarlos. Y, cuando nosotros suponíamos que el anciano le estaba leyendo la Biblia a su mujer –mientras ella tejía en la esquina del hogar– el par de réprobos canosos ha salido rápidamente por la chimenea, los dos en una escoba, y ha volado a un aquelarre, lejos en las profundidades del frío y oscuro bosque. ¡Qué tontos! Aunque más no fuera por el temor a dolores reumáticos en sus viejos huesos, deberían haberse quedado en casa. Pero se fueron; y la risa de sus voces deterioradas y socarronas ha sido oída a medianoche, alto en el aire. Ahora, en el soleado mediodía, cuando van a la horca tambaleándose, es el turno de reír del Diablo.

Detrás de estos dos –que se ayudan mutuamente y parecen estar consolándose y dándose ánimos, de una manera verdaderamente lastimosa, si no fuera un pecado compadecerse de los ancianos brujos– detrás de ellos viene una mujer, de rostro oscuro y orgulloso, que ha sido hermoso, y una figura que es todavía majestuosa. ¿La conocen? Es Martha Carrier, a quien el Diablo encontró en una humilde casita, miró dentro de su corazón descontento y vio orgullo en él y la tentó con su promesa de que ella sería la reina del infierno. Y ahora, con esa actitud altanera, pasa a su reino y, por su orgullo insaciable, transforma esta vergüenza en una procesión triunfal que la esperará a las puertas del palacio infernal y la sentará en su trono ardiente.

En menos de una hora, asumiré su dignidad real. El último del miserable tren es un hombre vestido de negro, de baja estatura y tez oscura, con una banda clerical alrededor del cuello. Muchas veces, en los años anteriores, ese rostro se ha elevado hacia el cielo desde el púlpito del templo del este, cuando el reverendo Burroughs parecía adorar a Dios.

¿Cómo?, ¿él?, ¿el hombre santo?, ¿el educado?, ¿el sabio? ¿Cómo lo ha tentado el Diablo? Sus compañeros criminales, en su mayor parte, son criaturas obtusas, incultas, algunos de ellos medio imbéciles por naturaleza y otros con sus intelectos deteriorados por la edad. Fueron presa fácil para el destructor. No así con este George Burroughs, como podemos juzgar por la luz interior que trasluce su semblante oscuro, y, casi podríamos decir, glorifica su figura, a pesar de la suciedad y el aspecto demacrado por el prolongado encierro –a pesar de la pesada sombra que debe caer sobre él, mientras la Muerte camina a su lado. ¿Qué soborno pudo ofrecer Satanás, lo suficientemente rico como para tentar y vencer a este hombre? ¡Ay! Pudo haber sido en la misma fuerza de su alto intelecto inquisitivo, que el Tentador encontró la debilidad que lo traicionó. Anhelaba conocimiento; avanzó a tientas por un mundo de misterio; en un comienzo, como han jurado los testigos, convocó a los fantasmas de sus dos difuntas esposas y habló con ellas sobre la vida después de la muerte; y, cuando sus respuestas dejaron de satisfacer el deseo intenso y pecaminoso de su espíritu, convocó a Satanás y fue oído. Y, sin embargo, ¿quién –al verlo– podría creerlo culpable que no hubiera conocido las pruebas? ¿Quién no diría, al verlo consolar a los débiles y ancianos compañeros de este horrible crimen; al escuchar sus jaculatorias y oraciones, que parecen salir a borbotones de las profundidades de su corazón y volar hacia el cielo; al admirar el resplandor encenderse en sus facciones como si fueran de otro mundo, que está a solo unos pasos nada más...quién no diría, que, por el polvoriento sendero de la Calle Mayor, un santo cristiano está ahora yendo a su muerte de mártir? ¿El Archidemonio no habrá sido demasiado sutil para el tribunal y el jurado y los habrá traicionado –mientras tanto riéndose a escondidas– y los habrá hecho cometer el terrible error de verter sangre santificada como un sacrificio aceptable en el altar de

Literatura Norteamericana

Dios? Ah, no. Escuchad al sabio Cotton Mather, quien, sentado en su caballo, le habla cómodamente a la multitud perpleja y le dice que todo se ha hecho religiosa y justamente y que el poder de Satanás recibirá este día su golpe mortal en Nueva Inglaterra.

¡Que el Cielo permita que así sea! ¡El gran estudioso debe tener razón! ¡Así que lleven a las pobres criaturas a su muerte! ¿Veis ese grupo de niños y jovencitas y, entre ellos, una mujer india vieja y demacrada, de nombre Tituba? Esos son los Afligidos. ¡Miren, en este mismo instante, una prueba del poder y la malicia de Satanás! Mercy Parris, la hija del ministro, ha sido golpeada por un destello del ojo de Martha Carrier y cae en la calle, retorciéndose con horrorosos espasmos y echando espuma por la boca, como los poseídos de los que se habla en las Escrituras. ¡Lleven rápido a las execrables brujas a la horca, antes de que hagan más daño! ¡Antes de que extiendan sus brazos atrofiados y esparzan pestilencia a puñados entre la multitud! ¡Antes de que, como legado de despedida, echen una peste sobre la tierra, para que de ahora en adelante no dé fruto ni brizna de hierba y sea apta nada más que como sepulcro para sus impías osamentas! Y así, prosiguen la marcha; y el viejo George Jacobs se ha tropezado por causa de su dolencia; pero Goodman Proctor y su esposa se apoyan uno contra el otro y caminan a un paso razonablemente parejo, teniendo en cuenta su edad. El Sr. Burroughs parece dar consejos a Martha Carrier, cuyo rostro y semblante, según mi parecer, se han suavizado y se han tornado más modestos que antes. Entre la multitud, mientras tanto, hay terror, miedo y desconfianza; y un amigo mira a otro con recelo y el esposo a la esposa y la esposa a él y aún la madre a su pequeño hijo; como si, en cada criatura de Dios, sospecharan una bruja o temieran un acusador.

¡Nunca, nunca más, ya sea en esta o en otra forma, la Locura Universal cause disturbios en la Calle Mayor!

Percibo en vuestros ojos, mis indulgentes espectadores, la crítica que sois demasiado amables para pronunciar. Estas escenas, pensáis, son demasiado lúgubres. De hecho, lo son; pero la culpa debe recaer en el espíritu lúgubre de nuestros antepasados, quienes tejieron su red de vida con casi ningún hilo rosado o dorado, y no en mí, que siento un amor tropical por el sol y con mucho gusto doraría todo el mundo con él, si supiera dónde encontrar tanto. A fin de que me crean, exhibiré una del único tipo de escenas, hasta donde mi investigación me ha enseñado, en las cuales nuestros ancestros solían remojar sus viejos y duros corazones en vino y bebidas fuertes y solían permitirse un brote de espeluznante jovialidad.

Aquí viene, de la misma casa de la que vimos salir al valiente capitán Gardner hacia las guerras. ¿Qué? Un féretro cargado sobre hombros masculinos, seis viejos caballeros como porta féretros y un largo cortejo de dolientes, con guantes negros, las cintas de los sombreros negras y todo negro, salvo un pañuelo blanco en la mano de cada doliente, para con él secar sus lágrimas. Ahora mis amables espectadores, estáis enojados conmigo. Fuisteis invitados a un baile de casamiento y os habéis encontrado caminando en la procesión de un funeral. Aún así; buscad entre las costumbres sociales de Nueva Inglaterra, en el primer siglo de su existencia y leed todos los aspectos de su carácter; y si encontráis una ocasión, que no sea un banquete de funeral, donde el regocijo estuviera sancionado por práctica universal, prenderé fuego mi espectáculo de títeres sin decir una palabra más. Estas son las exequias del viejo Gobernador Bradstreet, el patriarca y sobreviviente de los primeros colonos, quien, habiéndose casado con la viuda Gardner, ahora descansa de sus labores, a la grandiosa edad de noventa y cuatro años. El cuerpo de barba blanca, que era el adorno terrenal de su espíritu, ahora yace en aquel féretro. Se ha bebido muchos toneles de cerveza y de cidra y muchos barriles de vino especiado y aguardiente de centeno. ¿Si no, por qué

Literatura Norteamericana

deberían tambalearse los portadores, al sostener trémulamente el féretro? ¿Y los ancianos porta féretros, también, cuando se esfuerzan por caminar solemnemente a su lado? ¿Y por qué los dolientes se pisan los talones entre sí? ¿Y por qué, si se me permiten preguntar sin ofender, la nariz del Reverendo Noyes, por la cual acaba de dar el discurso del funeral, brilla como un carbón ardiente? ¡Bueno, bueno, viejos amigos! Pasad con vuestra carga de mortalidad y dejadla en la tumba con corazones alegres. A la gente debería permitírsele divertirse a su propia manera; cada hombre a su gusto; ¡pero Nueva Inglaterra debe haber sido una morada deprimente para el hombre de placer, cuando el único amigo del alma era la Muerte!

Bajo la cubierta de la neblina que se ha instalado en la escena, pasan fugazmente algunos años y no nos damos cuenta. A medida que la atmósfera se vuelve transparente, percibimos a un decrepito gran señor, rengueando por la calle. ¿Lo reconocen? Lo vimos, primero como el bebé en los brazos de Goodwife Massey, cuando los árboles primigenios estaban clavando su sombra sobre la cabaña de Roger Conant; lo vimos, como el niño, el joven, el hombre, cumpliendo su humilde rol en todas las escenas sucesivas y conformando la figura indicadora con la cual percibir la edad del pueblo de su misma edad. Y aquí está, el viejo Goodman Massey, tomando su último paseo – deteniéndose a menudo, a menudo apoyándose sobre su bastón y haciéndonos pensar de quién era la morada que estaba en tal lugar y de quién era el campo o el jardín que ocupaba el lugar de esas otras casas más recientes. Puede dar una razón para todas las curvas y desviaciones de la vía, a la que, en su infancia flexible y plástica, se hizo desviar de una línea recta, para visitar la puerta de cada colono. La Calle Mayor sigue siendo jovial; el Hombre coetáneo está en su última etapa. Pronto se habrá ido, un patriarca octogenario, aún así conservará una especie de vida infantil en nuestra historia local, como el primer niño nacido en el pueblo.

Mirad aquí un cambio, labrado en un abrir y cerrar de ojos, como un incidente en un cuento de magia, aún cuando nuestra mirada ha estado fija sobre la escena.

La Calle Mayor ha desaparecido de la vista. En su lugar aparece un derroche invernal de nieve, con el sol apenas asomándose sobre él, frío y brillante, y tiñendo la blanca extensión con el más imperceptible y etéreo color rosado. Esta es la Gran Nevada de 1717, famosa por los ventisqueros de montaña en los que enterró todo la región. Parecería que la calle, cuyo crecimiento hemos seguido desde su primera fase, como un sendero indio, hasta que alcanzó la dignidad de las veredas, hubiera sido repentinamente borrada y se hubiera convertido en un campo sin sendero más deprimente que cuando el bosque lo cubría. Las gigantescas oleadas y nubes de nieve han azotado los límites de cada hombre y han aniquilado toda distinción humana de propiedad. De tal forma que ahora, sin los rastros de tiempos anteriores y de las acciones hasta ahora logradas, la humanidad debería tener autorización para entrar en nuevos senderos y guiarse por otras leyes y no por las de antes; para que, de hecho, la raza no se extinga y valga la pena seguir con la marcha de la vida, en la expansión fría y desolada que yace delante de nosotros. Puede ser, sin embargo, que la situación no sea tan desesperada como parece. Ese gran carámbano de hielo, relumbrando tan tristemente al sol, debe ser el capitel del templo, incrustado con aguanieve congelada. Esos grandes montones, también, que confundimos por ventisqueros, son casas, enterradas hasta los aleros y con sus techos pelados redondeados por la profundidad de nieve sobre ellos. Ahora, viene una ráfaga de hollín de lo que creo que es la chimenea de la *Ship Tavern* y otra, otra y otra de las chimeneas de otras casas, donde la comodidad junto al fuego, la paz doméstica, los entretenimientos de los niños y la quietud de la edad, todavía viven, a pesar de la corteza congelada sobre ellos.

Literatura Norteamericana

Pero ha llegado el momento de cambiar de escena. Su deprimente monotonía no pondrá a prueba vuestra fortaleza como uno de los inviernos de nuestra Nueva Inglaterra actual, que dejan un espacio en blanco tan grande –un lugar de muerte tan melancólico– en vidas tan breves que deberían transcurrir siempre en verano. Aquí, por lo menos, puedo afirmar ser el gobernante de las estaciones. Una vuelta de la manivela derretirá la nieve de la Calle Mayor y mostrará los árboles en todo su verdor, los rosales florecidos y un borde de hierba verde a lo largo de la vereda. ¡Allí! ¿Pero, qué? ¿Cómo? La escena no quiere moverse. Se ha roto un alambre. La calle sigue enterrada bajo la nieve y el destino de Herculano y Pompeya encuentran paralelo en esta catástrofe.

¡Ay! Mi amable y mansa audiencia, no conocéis el alcance de vuestra desgracia.

Las escenas que seguían eran mucho mejores que las pasadas. La calle misma hubiera sido más digna de exhibición en imágenes; las obras de sus habitantes, no menos. ¡Y cuánto se hubiera profundizado su interés, cuando, al dejar atrás la fría sombra de la antigüedad, en mi recorrido prolongado y cansador, llegara a los límites de la memoria del hombre y, llevándolos por último al sol del presente, ¡diera un reflejo de la vida misma que nos pasa volando por delante! Vuestra propia belleza, mis justos ciudadanos, se hubiera resplandecido sobre vosotros, desde mi escena.

Todos los caballeros que caminan por la calle hubieran admirado su propio rostro y figura, su caminar, el movimiento de su brazo y el abrigo que se pusieron ayer. Después, también –y es lo que más lamento– hubiera invertido una gran cantidad de luz y resplandor en una representación de la calle en toda su longitud, desde Buffum’s Corner en adelante, en la noche de la gran iluminación por el triunfo del general Taylor. Por último, le hubiera dado una vuelta más a la manivela y hubiera hecho aparecer el futuro, mostrándoles quién caminará por la Calle Mayor mañana y, quizás, ¡de quién será el funeral que pasará por ella!

Pero estas, como la mayoría de las otras intenciones humanas, quedan sin cumplir; y solo me queda por decir, que a cualquier dama o caballero, que no se sienta satisfecho con el entretenimiento de esta noche, se le devolverá el precio de la entrada en la puerta.

– Entonces déme el mío –grita el crítico, estirando su mano. – Dije que su exhibición resultaría ser un fraude y así ha sido. ¡Así que déme mis veinticinco centavos!

Relato de la Bomba de Agua del Pueblo⁷

Nathaniel Hawthorne

De *Cuentos dos veces contados*, 1837, 1851

(ESCENA—la esquina de dos calles principales* .

La BOMBA DE AGUA hablando por su nariz)

¡MEDIODÍA, según el reloj del norte! ¡Mediodía, según el del este! Mediodía exacto, también, según estos calientes rayos de sol que caen, apenas inclinados, sobre mi cabeza y casi hacen que el agua burbujee y humee en el bebedero bajo mi nariz. Verdaderamente, ¡nosotros los personajes públicos sufrimos mucho! Y, entre todos los funcionarios del pueblo, elegidos en la reunión de marzo, ¿dónde está el que sostiene, por un año solo, la carga de tantas y múltiples tareas como las impuestas, a perpetuidad, a la Bomba de Agua del Pueblo? El título de “tesorero del pueblo” me corresponde por legítimo derecho, como guardián del mejor tesoro que el pueblo posee. Los inspectores de los pobres deberían nombrarme su presidente, ya que proveo abundantemente para el indigente, sin costo para el que paga impuestos.

Estoy a la cabeza del departamento de bomberos y soy uno de los médicos de la junta de salud. Como conciliador, todos los bebedores de agua me considerarán igual al alguacil. Realizo algunas de las tareas del funcionario del registro civil, al divulgar anuncios públicos, cuando los fijan en mi frente. Para hablar dentro de ciertos límites, soy la persona principal de la municipalidad y presento, es más, un modelo admirable para los otros funcionarios mediante el cumplimiento impasible, constante, honesto, total y absoluto e imparcial de mi actividad y el tesón con el que estoy alerta en mi puesto. Verano o invierno, nadie me busca en vano; ya que, todo el día, se me ve en la esquina más concurrida, apenas pasando el mercado, estirando mis brazos, hacia los ricos y los pobres por igual; y de noche, sostengo una linterna por encima de mi cabeza, tanto para mostrar dónde estoy como para evitar que la gente caiga en las alcantarillas.

En este sofocante mediodía, soy copero del pueblo muerto de sed, para cuyo provecho una copa de hierro está encadenada a mi cintura. Como un vendedor de bebidas en el mercado, en la fiesta de las milicias, les grito a todos sin excepción, con mis acentos más claros y al máximo de mi voz. ¡Aquí está, caballeros! ¡Aquí tienen la buena bebida! ¡Acercaos, acercaos, caballeros, acercaos, acercaos! ¡Aquí tenéis lo mejor! He aquí la auténtica cerveza del padre Adán—mejor que el coñac, ginebra, ron, cerveza fuerte o vino de cualquier precio; aquí lo tienen, por cuba o por vaso, ¡y no tienen que pagar un solo centavo! ¡Acercaos, caballeros, acercaos y servíos!

Sería una pena si toda esta protesta no atrajera clientes. Aquí vienen. ¡Un día caluroso, caballeros! Bebed y volved otra vez, para manteneros frescos. Usted, mi amigo, va a necesitar otra copa, para enjuagar el polvo de su garganta, si hay tanto allí como en sus zapatos de cuero. Veo que ha caminado penosamente muchas millas, hoy; y, como un hombre sabio, ha pasado por las tabernas, y se ha detenido en los arroyos y los aljibes. De otra forma, entre el calor afuera y el fuego dentro, usted se hubiera carbonizado o se hubiera derretido y se hubiera convertido en nada, como si

⁷ Traducción de María Julia Pich.

* La calle Essex y la calle Washington, en Salem, Massachusetts.

Literatura Norteamericana

fuera una medusa. Beba y haga lugar para ese otro señor, que busca mi ayuda para saciar la fiebre ardiente de los tragos de anoche, que no tomó de ninguna copa mía.

¡Bienvenido, rubicundo señor! Usted y yo hemos sido grandes desconocidos, hasta ahora; tampoco, a decir la verdad, mi nariz estará ansioso por lograr una intimidad aún más cercana, hasta que los gases de su aliento sean menos potentes. ¡Que Dios se apiade de usted, hombre! Definitivamente el agua baja silbando por vuestra garganta al rojo vivo y es convertida casi en vapor, en el infierno en miniatura, que tomas por estómago. Llène otra vez y dígame, bajo palabra de bebedor honesto, ¿alguna vez, en bodega, taberna o cualquier tipo de bar, ha gastado el dinero de la comida de vuestros hijos, por un trago la mitad de delicioso? Ahora, por primera vez en estos diez años, conoce el sabor del agua fría. Adiós; y siempre que esté sediento, recuerde que conservo un abastecimiento constante, en el viejo puesto. ¿Quién sigue? Ah, mi pequeño amigo, te han soltado de la escuela y vienes por aquí a fregar tu radiante rostro y a ahogar el recuerdo de ciertos toques de silencio of the fertile?, y otros problemas de niño de escuela, en un trago de la Bomba de Agua del Pueblo. Tómallo, puro como la corriente de tu joven vida. ¡Tómallo y que una sed mayor que ésta nunca abraza tu corazón ni tu lengua! Bueno, mi querido niño, baja la copa y cédele tu lugar a este anciano caballero, que pisa tan suavemente sobre el empedrado, que sospecho tiene miedo de romperlo. ¿Qué? Pasa rengueando, sin siquiera agradecerme, como si mis ofertas hospitalarias fueran solo para gente que no tiene bodegas de vino. Bueno, bueno, señor... ¡aquí no ha pasado nada, espero! Vaya a sacar el corcho, incline el decantador; pero, cuando su dedo gordo lo haga rugir de dolor, no será asunto mío. Si los caballeros aman la agradable excitación de la gota, le da igual a la Bomba de Agua del Pueblo. El perro sediento, con su roja lengua colgando, no desdeña mi hospitalidad, sino que se para en sus patas traseras y, a lengüetazos, bebe del bebedero con entusiasmo. ¡Ved cuán ligeramente se aleja dando brincos otra vez! ¿Tu devoción alguna vez te causó gota?

¿Estáis todos satisfechos? Entonces secaos la boca, mis buenos amigos; y mientras mi canalón descansa un momento, entretendré al pueblo con algunas reminiscencias históricas. En la antigüedad, bajo la sombra oscura de las venerables ramas, de la tierra cubierta de hojas brotó un manantial haciendo burbujas, en el mismísimo lugar donde ahora me ven, sobre el pavimento soleado. El agua era tan brillante y clara y considerada tan preciosa como diamantes líquidos. Los hechiceros indios bebían de ella, desde tiempos inmemoriales, hasta que el diluvio fatal del aguardiente irrumpió sobre las pieles rojas y arrasó con toda su raza y la alejó de las frías fuentes. Endicott, y sus seguidores, vinieron luego, y a menudo se arrodillaban para beber, mojando sus largas barbas en el manantial. La copa más suntuosa, entonces, era de corteza de abedul. El gobernador Winthrop, luego de un viaje a pie desde Boston, bebió aquí, del cuenco de su mano. Higginson el Viejo mojó aquí su mano y la posó sobre la frente del primer niño nacido en el pueblo. Por muchos años, fue el abrevadero y también el lavabo de las inmediaciones—a donde recurrían todos los hombres decentes, para purificar sus rostros y mirarlos fijamente luego —al menos, las hermosas doncellas lo hacían —en el espejo que los hizo. Los domingos, siempre que se bautizaba un niño, el sacristán llenaba su tazón aquí y lo colocaba sobre la mesa de comunión del humilde templo, que cubría parcialmente el emplazamiento de aquella construcción majestuosa de ladrillos. Así, generación tras otra se consagró al Cielo por medio de sus aguas, proyectó sus sombras ondulantes en su seno espejado y desapareció de la tierra, como si la vida mortal fuera solo una imagen fugaz en una fuente. Finalmente, la fuente también desapareció. Por doquier se cavaron bodegas y se lanzaron carretas llenas de grava sobre su nacimiento, de donde brotó una corriente turbia, que formó un charco de barro, en la esquina de dos calles. En los meses calurosos, cuando

Literatura Norteamericana

más se necesitaba su frescor, volaban nubes de polvo sobre el olvidado lugar de nacimiento de las aguas, ahora su tumba. Pero, con el paso del tiempo, se enclavó una Bomba de Agua del Pueblo en la surgente del antiguo manantial; y cuando la primera se deterioró, otra tomó su lugar –y luego otra, y una más –hasta que aquí me tienen, damas y caballeros, para servirlos con mi copa de acero. ¡Bebed y refrescaos! El agua es tan pura y fría como la que sació la sed del rojo hechicero, bajo ramas ancianas, aunque ahora la gema de lo silvestre se atesora bajo estas piedras calientes, donde no cae ninguna sombra, más que la de los edificios de ladrillos. Y que sea la moraleja de mi historia que, de la misma manera que esta fuente desperdiciada y perdida desde hace mucho se la conoce ahora y se la vuelve a apreciar, las virtudes del agua fría, demasiado poco valoradas desde los días de vuestros padres, serán reconocidas por todos.

¡Perdonad, buena gente! Debo interrumpir mi torrente de elocuencia y dejar salir un chorro de agua, para reabastecer el bebedero para este labrador y su yunta de bueyes, quienes han venido desde Topsfield o de algún lugar por ese lado. Ninguna parte de mi empresa es más agradable que abreviar el ganado. ¡Mirad! Cuán rápido bajan el nivel del agua en los costados del bebedero, hasta que sus amplios estómagos estén humedecidos con un galón o dos cada uno, y puedan permitirse el tiempo para respirar, con suspiros de calmo goce. Ahora recorren con sus ojos tranquilos el borde del monstruoso bebedero. El buey es el verdadero bebedor.

Pero percibo, mis queridos oyentes, que estáis impacientes por escuchar el resto de mi relato. No se lo atribuyáis, os suplico, a un defecto de modestia, si insisto un poco más sobre un tema tan fructífero como mis propios y múltiples méritos. Es sólo por vuestro bien. Cuanto mejor penséis de mí, mejores hombres y mujeres os sentiréis. No diré nada de mi fundamental ayuda durante los días de lavado; aunque, solo por eso, podría llamárseme el dios de los hogares de cientos de familias. Lejos de mí, también, está insinuar, mis respetables amigos, el espectáculo de caras sucias, que ustedes presentarían, sin mis esfuerzos por mantenerlos limpios. Tampoco os recordaré cuán frecuentemente, cuando las campanas de medianoche os hacen temblar por vuestro inflamable pueblo, han corrido a la Bomba de Agua del Pueblo y me habéis encontrado siempre en mi puesto, firme, entre la confusión y lista para vaciar mi corriente vital por vosotros. Tampoco vale la pena enfatizar mucho mis reivindicaciones de un diploma médico, como el médico, cuya simple labor cotidiana es preferible a toda la tradición nauseabunda, que ha encontrado a hombres enfermos o los ha dejado así, desde los días de Hipócrates. Tomemos una visión más amplia de mi benéfica influencia sobre la humanidad. No; estas son nimiedades, comparadas con los méritos que los hombres sabios me conceden –si no solo a mí, al menos como representante de una clase –de ser el gran reformador de esta época. De mi canalón, y de canalones como el mío, debe fluir el chorro que limpiará nuestra tierra de la vasta porción de su crimen y angustia que ha surgido de las fuentes ardientes de la quietud. En este gran emprendimiento, la vaca será mi gran cómplice. ¡Leche y agua! ¡La BOMBA DE AGUA DEL PUEBLO y la Vaca! Esa es la gloriosa asociación que derrumbará las destilerías y las cervecerías, arrancará de raíz los viñedos, hará estallar las prensas de cidra, arruinará el comercio de té y café y, finalmente, monopolizará todo el negocio de saciar la sed. ¡Bendita combinación! Entonces, la Pobreza abandonará la tierra, al no encontrar ningún tugurio lo suficientemente horrible donde su forma escuálida pueda refugiarse. Luego la Enfermedad, por falta de otras víctimas, carcomerá su propio corazón y morirá. Luego el Pecado, si no muere, perderá la mitad de su fuerza.

Hasta ahora, el frenesí de fiebre hereditaria ha hecho estragos en la sangre humana, transmitida de padre a hijo, y reencendida, en cada generación, por tragos frescos de llama líquida.

Literatura Norteamericana

Cuando ese fuego interno se extinga, el calor de la pasión no podrá más que enfriarse y la guerra –la embriaguez de las naciones –quizás cesará. Al menos, no habrá guerra de hogares. El marido y la mujer, bebiendo profundamente de la alegría pacífica –una bendición calma de sentimientos comedidos— pasarán de la mano por la vida y se recostarán, no de mala gana, cuando llegue su final. Para ellos, el pasado no será una confusión de pesadillas y el futuro tampoco será una eternidad de esos momentos que siguen al desvarío del borracho. Sus rostros muertos expresarán lo que eran y serán sus espíritus, por medio de una sonrisa persistente de recuerdo y esperanza.

¡Ejem! Trabajo árido, este de perorar; especialmente para un orador inexperto. Nunca concebí, hasta ahora, cuánto esfuerzo hacen los conferencistas de abstinencia por mí. De ahora en más, tendrán el negocio para ellos mismos. Que algún amable cristiano, bombee una o dos veces, para humedecer mi silbato. ¡Gracias, señor! Mis queridos oyentes, cuando el mundo haya sido regenerado, gracias a mí, pondréis vuestras inútiles cavas y toneles de bebidas en una gran pila y haréis una fogata, en honor de la Bomba de Agua del Pueblo. Y cuando yo me haya deteriorado, como mis predecesoras, entonces, si vosotros veneráis mi memoria, que una fuente de mármol ricamente esculpida me reemplace en este lugar. Tales monumentos deberían erigirse en todos lados y ser inscriptos con los nombres de los distinguidos paladines de mi causa. Prestad oídos porque viene algo muy importante.

Hay dos o tres honestos amigos míos—y verdaderos amigos son, lo sé,—quienes sin embargo, por su ardiente belicosidad en mi defensa, me ponen en temible riesgo de una nariz rota o hasta de un derrocamiento total sobre el pavimento y la pérdida del tesoro que protejo. Os ruego, caballeros, que esta falta sea enmendada. ¿Os parece aceptable, ponerse algo borrachos con celo de abstinencia y adoptar la honorable causa de la Bomba de Agua del Pueblo al estilo de un bebedor peleando por su botella de brandy? ¿Las excelentes propiedades del agua fría no pueden demostrarse de otra forma que no sea zambulléndose, impulsivamente, en agua caliente y lamentablemente escaldándose y escaldando a otra gente? Creedme, sí podéis. En la guerra moral, que estáis a punto de pelear –y, de hecho, en toda la conducta de vuestras vidas –no podeis elegir mejor ejemplo que a mí misma, que nunca he permitido que el polvo y la atmósfera sofocante, la confusión y los disturbios múltiples del mundo a mi alrededor, alcanzaran ese profundo y calmo pozo de pureza, que podría llamarse mi alma. Y siempre que vuelco ese alma, es para calmar la fiebre de la tierra o limpiar sus manchas.

¡La una! No, entonces, si la campana de la comida empieza a hablar, mejor me llamo a silencio. Aquí viene una hermosa jovencita que conozco, con una gran jarra de piedra para que yo llene. Ojalá saque un marido, mientras saca su agua, como lo hizo Raquel hace mucho. ¡Sostén tu recipiente, mi querida! Ahí tienes, lleno hasta el borde; así que ahora corre a casa, espiando tu dulce imagen en la jarra, por el camino; ¡y no olvides, en un vaso de mi propio licor, de beber por el éxito de la Bomba de Agua del Pueblo!

Literatura Norteamericana

Main-Street

A respectable-looking individual makes his bow, and addresses the public. In my daily walks along the principal street of my native town, it has often occurred to me, that, if its growth from infancy upward, and the vicissitude of characteristic scenes that have passed along this thoroughfare, during the more than two centuries of its existence, could be presented to the eye in a shifting panorama, it would be an exceedingly effective method of illustrating the march of time. Acting on this idea, I have contrived a certain pictorial exhibition, somewhat in the nature of a puppet-show, by means of which I propose to call up the multiform and many-colored Past before the spectator, and show him the ghosts of his forefathers, amid a succession of historic incidents, with no greater trouble than the turning of a crank. Be pleased, therefore, my indulgent patrons, to walk into the show-room, and take your seats before yonder mysterious curtain. The little wheels and springs of my machinery have been well oiled; a multitude of puppets are dressed in character, representing all varieties of fashion, from the Puritan cloak and jerkin to the latest Oak Hall coat; the lamps are trimmed, and shall brighten into noontide sunshine, or fade away in moonlight, or muffle their brilliancy in a November cloud, as the nature of the scene may require; and, in short, the exhibition is just ready to commence. Unless something should go wrong,—as, for instance, the misplacing of a picture, whereby the people and events of one century might be thrust into the middle of another, or the breaking of a wire, which would bring the course of time to a sudden period,—barring, I say, the casualties to which such a complicated piece of mechanism is liable, I flatter myself, ladies and gentlemen, that the performance will elicit your generous approbation.

Ting-a-ting-ting! goes the bell; the curtain rises; and we behold—not, indeed, the Main-street—but the tract of leaf-strewn forest-land, over which its dusty pavement is hereafter to extend.

You perceive, at a glance, that this is the ancient and primitive wood,—the ever-youthful and venerably old,—verdant with new twigs, yet hoary, as it were, with the snowfall of innumerable years, that have accumulated upon its intermingled branches. The white man's axe has never smitten a single tree; his footstep has never crumpled a single one of the withered leaves, which all the autumns since the flood have been harvesting beneath. Yet, see! along through the vista of impending boughs, there is already a faintly-traced path, running nearly east and west, as if a prophecy or foreboding of the future street had stolen into the heart of the solemn old wood. Onward goes this hardly perceptible track, now ascending over a natural swell of land, now subsiding gently into a hollow; traversed here by a little streamlet, which glitters like a snake through the gleam of sunshine, and quickly hides itself among the underbrush, in its quest for the neighboring cove; and impeded there by the massy corpse of a giant of the forest, which had lived out its incalculable term of life, and been overthrown by mere old age, and lies buried in the new vegetation that is born of its decay. What footsteps can have worn this half-seen path? Hark! Do we not hear them now rustling softly over the leaves? We discern an Indian woman—a majestic and queenly woman, or else her spectral image does not represent her truly—for this is the great Squaw Sachem, whose rule, with that of her sons, extends from Mystic to Agawam. That red chief; who stalks by her side, is Wappacowet, her second husband, the priest and magician, whose incantations shall hereafter affright the palefaced settlers with grisly phantoms, dancing and shrieking in the woods, at midnight. But greater would be the affright of the Indian necromancer, if, mirrored in the pool of water at his feet, he could catch a prophetic glimpse of the noon-day marvels which the white man is destined to achieve; if he could see, as in a dream, the stone-front of the stately hall,

Literatura Norteamericana

which will cast its shadow over this very spot; if he could be aware that the future edifice will contain a noble Museum, where, among countless curiosities of earth and sea, a few Indian arrow-heads shall be treasured up as memorials of a vanished race!

No such forebodings disturb the Squaw Sachem and Wappacowet. They pass on, beneath the tangled shade, holding high talk on matters of state and religion, and imagine, doubtless, that their own system of affairs will endure for ever. Meanwhile, how full of its own proper life is the scene that lies around them! The grey squirrel runs up the trees, and rustles among the upper branches. Was not that the leap of a deer? And there is the whirr of a partridge! Methinks, too, I catch the cruel and stealthy eye of a wolf, as he draws back into yonder impervious density of underbrush. So, there, amid the murmur of boughs, go the Indian queen and the Indian priest; while the gloom of the broad wilderness impends over them, and its sombre mystery invests them as with something preternatural; and only momentary streaks of quivering sunlight, once in a great while, find their way down, and glimmer among the feathers in their dusky hair. Can it be that the thronged street of a city will ever pass into this twilight solitude,—over those soft heaps of the decaying tree-trunks,—and through the swampy places, green with water-moss,—and penetrate that hopeless entanglement of great trees, which have been uprooted and tossed together by a whirlwind! It has been a wilderness from the creation. Must it not be a wilderness for ever?

Here an acidulous-looking gentleman in blue glasses, with bows of Berlin steel, who has taken a seat at the extremity of the front row, begins, at this early stage of the exhibition, to criticise.

“The whole affair is a manifest catch-penny,” observes he, scarcely under his breath. “The trees look more like weeds in a garden, than a primitive forest; the Squaw Sachem and Wappacowet are stiff in their pasteboard joints; and the squirrels, the deer, and the wolf, move with all the grace of a child's wooden monkey, sliding up and down a stick.”

“I am obliged to you, sir, for the candor of your remarks,” replies the showman, with a bow. “Perhaps they are just. Human art has its limits, and we must now and then ask a little aid from the spectator's imagination.”

“You will get no such aid from mine,” responds the critic. “I make it a point to see things precisely as they are. But come! go ahead!—the stage is waiting!” The showman proceeds.

Casting our eyes again over the scene, we perceive that strangers have found their way into the solitary place. In more than one spot, among the trees, an upheaved axe is glittering in the sunshine. Roger Conant, the first settler in Naumkeag, has built his dwelling, months ago, on the border of the forest-path; and at this moment he comes eastward through the vista of woods, with his gun over his shoulder, bringing home the choice portions of a deer. His stalwart figure, clad in a leathern jerkin and breeches of the same, strides sturdily onward, with such an air of physical force and energy, that we might almost expect the very trees to stand aside, and give him room to pass. And so, indeed, they must; for, humble as is his name in history, Roger Conant still is of that class of men who do not merely find, but make, their place in the system of human affairs: a man of thoughtful strength, he has planted the germ of a city. There stands his habitation, showing in its rough architecture some features of the Indian wigwam, and some of the log-cabin, and somewhat, too, of the straw-thatched cottage in Old England, where this good yeoman had his birth and breeding. The dwelling is surrounded by a cleared space of a few acres, where Indian corn grows thrivingly among the stumps of the trees; while the dark forest hems it in, and seems to gaze silently

Literatura Norteamericana

and solemnly, as if wondering at the breadth of sunshine which the white man spreads around him. An Indian, half hidden in the dusky shade, is gazing and wondering too.

Within the door of the cottage, you discern the wife, with her ruddy English check. She is singing, doubtless, a psalm-tune, at her household work; or perhaps she sighs at the remembrance of the cheerful gossip, and all the merry social life, of her native village beyond the vast and melancholy sea. Yet the next moment she laughs, with sympathetic glee, at the sports of her little tribe of children, and soon turns round, with the home-look in her face, as her husband's foot is heard approaching the rough-hewn threshold. How sweet must it be for those who have an Eden in their hearts, like Roger Conant and his wife, to find a new world to project it into, as they have; instead of dwelling among old haunts of men, where so many household fires have been kindled and burnt out, that the very glow of happiness has something dreary in it! Not that this pair are alone in their wild Eden; for here comes Goodwife Massey, the young spouse of Jeffrey Massey, from her home hard by, with an infant at her breast. Dame Conant has another of like age; and it shall hereafter be one of the disputed points of history, which of these two babies was the first town-born child.

But see! Roger Conant has other neighbors within view. Peter Palfrey likewise has built himself a house, and so has Balch and Norman and Woodbury. Their dwellings, indeed,—such is the ingenious contrivance of this piece of pictorial mechanism,—seem to have arisen, at various points of the scene, even while we have been looking at it. The forest-track, trodden more and more by the hob-nailed shoes of these sturdy and ponderous Englishmen, has now a distinctness which it never could have acquired from the light tread of a hundred times as many Indian moccasins. It will be a street, anon. As we observe it now, it goes onward from one clearing to another, here plunging into a shadowy strip of woods, there open to the sunshine, but everywhere showing a decided line, along which human interests have begun to hold their career. Over yonder swampy spot, two trees have been felled, and laid side by side, to make a causeway. In another place, the axe has cleared away a confused intricacy of fallen trees and clustered boughs, which had been tossed together by a hurricane. So, now, the little children, just beginning to run alone, may trip along the path, and not often stumble over an impediment, unless they stray from it to gather wood-berries beneath the trees. And, besides the feet of grown people and children, there are the cloven hoofs of a small herd of cows, who seek their subsistence from the native grasses, and help to deepen the track of the future thoroughfare. Goats also browse along it, and nibble at the twigs that thrust themselves across the way. Not seldom, in its more secluded portions, where the black shadow of the forest strives to hide the trace of human footsteps, stalks a gaunt wolf, on the watch for a kid or a young calf; or fixes his hungry gaze on the group of children gathering berries, and can hardly forbear to rush upon them. And the Indians, coming from their distant wigwams to view the white man's settlement, marvel at the deep track which he makes, and perhaps are saddened by a flitting presentiment, that this heavy tread will find its way over all the land; and that the wild woods, the wild wolf, and the wild Indian, will alike be trampled beneath it. Even so shall it be. The pavements of the Main-street must be laid over the red man's grave.

Behold! here is a spectacle which should be ushered in by the peal of trumpets, if Naumkeag had ever yet heard that cheery music, and by the roar of cannon, echoing among the woods. A procession—for, by its dignity, as marking an epoch in the history of the street, it deserves that name—a procession advances along the pathway. The good ship Abigail has arrived from England, bringing wares and merchandise, for the comfort of the inhabitants, and traffic with the Indians;

Literatura Norteamericana

bringing passengers too, and, more important than all, a Governor for the new settlement. Roger Conant and Peter Palfrey, with their companions, have been to the shore to welcome him; and now, with such honor and triumph as their rude way of life permits, are escorting the sea-flushed voyagers to their habitations. At the point where Endicott enters upon the scene, two venerable trees unite their branches high above his head; thus forming a triumphal arch of living verdure, beneath which he pauses, with his wife leaning on his arm, to catch the first impression of their newfound home. The old settlers gaze not less earnestly at him, than he at the hoary woods and the rough surface of the clearings. They like his bearded face, under the shadow of the broad-brimmed and steeple-crowned Puritan hat;—a visage, resolute, grave, and thoughtful, yet apt to kindle with that glow of a cheerful spirit, by which men of strong character are enabled to go joyfully on their proper tasks. His form, too, as you see it, in a doublet and hose of sad-colored cloth, is of a manly make, fit for toil and hardship, and fit to wield the heavy sword that hangs from his leathern belt. His aspect is a better warrant for the ruler's office, than the parchment commission which he bears, however fortified it may be with the broad seal of the London council. Peter Palfrey nods to Roger Conant. “The worshipful Court of Assistants have done wisely,” say they between themselves. “They have chosen for our governor a man out of a thousand.” Then they toss up their hats,—they, and all the uncouth figures of their company, most of whom are clad in skins, inasmuch as their old kersey and linsey-woolsey garments have been torn and tattered by many a long month's wear,—they all toss up their hats, and salute their new governor and captain with a hearty English shout of welcome. We seem to hear it with our own ears; so perfectly is the action represented in this life-like, this almost magic picture!

But have you observed the lady who leans upon the arm of Endicott?—a rose of beauty from an English garden, now to be transplanted to a fresher soil. It may be, that, long years—centuries, indeed—after this fair flower shall have decayed, other flowers of the same race will appear in the same soil, and gladden other generations with hereditary beauty. Does not the vision haunt us yet? Has not Nature kept the mould unbroken, deeming it a pity that the idea should vanish from mortal sight for ever, after only once assuming earthly substance? Do we not recognize, in that fair woman's face, the model of features which still beam, at happy moments, on what was then the woodland pathway, but has long since grown into a busy street?

“This is too ridiculous!—positively insufferable!” mutters the same critic who had before expressed his disapprobation. “Here is a pasteboard figure, such as a child would cut out of a card, with a pair of very dull scissors; and the fellow modestly requests us to see in it the prototype of hereditary beauty!”

“But, sir, you have not the proper point of view,” remarks the showman. “You sit altogether too near to get the best effect of my pictorial exhibition. Pray, oblige me by removing to this other bench, and, I venture to assure you, the proper light and shadow will transform the spectacle into quite another thing.”

“Pshaw!” replies the critic: “I want no other light and shade. I have already told you, that it is my business to see things just as they are.”

“I would suggest to the author of this ingenious exhibition,” observes a gentlemanly person, who has shown signs of being much interested,—“I would suggest, that Anna Gower, the first wife of Governor Endicott, and who came with him from England, left no posterity; and that,

Literatura Norteamericana

consequently, we cannot be indebted to that honorable lady for any specimens of feminine loveliness, now extant among us.”

Having nothing to allege against this genealogical objection, the showman points again to the scene.

During this little interruption, you perceive that the Anglo-Saxon energy—as the phrase now goes—has been at work in the spectacle before us. So many chimneys now send up their smoke, that it begins to have the aspect of a village street; although every thing is so inartificial and inceptive, that it seems as if one returning wave of the wild nature might overwhelm it all. But the one edifice, which gives the pledge of permanence to this bold enterprise, is seen at the central point of the picture. There stands the meeting-house, a small structure, low-roofed, without a spire, and built of rough timber, newly hewn, with the sap still in the logs, and here and there a strip of bark adhering to them. A meaner temple was never consecrated to the worship of the Deity. With the alternative of kneeling beneath the awful vault of the firmament, it is strange that men should creep into this pent-up nook, and expect God's presence there. Such, at least, one would imagine, might be the feeling of these forest-settlers, accustomed, as they had been, to stand under the dim arches of vast cathedrals, and to offer up their hereditary worship in the old, ivy-covered churches of rural England, around which lay the bones of many generations of their forefathers. How could they dispense with the carved altar-work?—how, with the pictured windows, where the light of common day was hallowed by being transmitted through the glorified figures of saints?—how, with the lofty roof, imbued, as it must have been, with the prayers that had gone upward for centuries?—how, with the rich peal of the solemn organ, rolling along the aisles, pervading the whole church, and sweeping the soul away on a flood of audible religion? They needed nothing of all this. Their house of worship, like their ceremonial, was naked, simple, and severe. But the zeal of a recovered faith burned like a lamp within their hearts, enriching every thing around them with its radiance; making of these new walls, and this narrow compass, its own cathedral; and being, in itself, that spiritual mystery and experience, of which sacred architecture, pictured windows, and the organ's grand solemnity, are remote and imperfect symbols. All was well, so long as their lamps were freshly kindled at the heavenly flame. After a while, however, whether in their time or their children's, these lamps began to burn more dimly, or with a less genuine lustre; and then it might be seen, how hard, cold, and confined, was their system,—how like an iron cage was that which they called Liberty!

Too much of this. Look again at the picture, and observe how the aforesaid Anglo-Saxon energy is now trampling along the street, and raising a positive cloud of dust beneath its sturdy footsteps. For there the carpenters are building a new house, the frame of which was hewn and fitted in England, of English oak, and sent hither on shipboard; and here a blacksmith makes huge clang and clatter on his anvil, shaping out tools and weapons; and yonder a wheelwright, who boasts himself a London workman, regularly bred to his handicraft, is fashioning a set of wagon-wheels, the track of which shall soon be visible. The wild forest is shrinking back; the street has lost the aromatic odor of the pine-trees, and of the sweet fern that grew beneath them. The tender and modest wild-flowers, those gentle children of savage nature that grew pale beneath the ever-brooding shade, have shrunk away and disappeared, like stars that vanish in the breadth of light. Gardens are fenced in, and display pumpkin-beds and rows of cabbages and beans; and, though the governor and the minister both view them with a disapproving eye, plants of broad-leaved tobacco, which the cultivators are enjoined to use privily, or not at all. No wolf, for a year past, has been

Literatura Norteamericana

heard to bark, or known to range among the dwellings, except that single one whose grisly head, with a plash of blood beneath it, is now affixed to the portal of the meeting-house. The partridge has ceased to run across the too-frequented path. Of all the wild life that used to throng here, only the Indians still come into the settlement, bringing the skins of beaver and otter, bear and elk, which they sell to Endicott for the wares of England. And there is little John Massey, the son of Jeffrey Massey and first-born of Naumkeag, playing beside his father's threshold, a child of six or seven years old. Which is the better-grown infant,—the town or the boy?

The red men have become aware, that the street is no longer free to them, save by the sufferance and permission of the settlers. Often, to impress them with an awe of English power, there is a muster and training of the town-forces, and a stately march of the mail-clad band, like this which we now see advancing up the street. There they come, fifty of them, or more; all with their iron breastplates and steel-caps well burnished, and glimmering bravely against the sun; their ponderous muskets on their shoulders, their bandaliers about their waists, their lighted matches in their hands, and the drum and fife playing cheerily before them. See! do they not step like martial men? Do they not manoeuvre like soldiers who have seen stricken fields? And well they may; for this band is composed of precisely such materials as those with which Cromwell is preparing to beat down the strength of a kingdom; and his famous regiment of Ironsides might be recruited from just such men. In every thing, at this period, New England was the essential spirit and flower of that which was about to become uppermost in the mother-country. Many a bold and wise man lost the fame which would have accrued to him in English history, by crossing the Atlantic with our forefathers. Many a valiant captain, who might have been foremost at Marston Moor or Naseby, exhausted his martial ardor in the command of a log-built fortress, like that which you observe on the gently rising ground at the right of the pathway,—its banner fluttering in the breeze, and the culverins and sakers showing their deadly muzzles over the rampart.

A multitude of people were now thronging to New England; some, because the ancient and ponderous frame-work of Church and State threatened to crumble down upon their heads; others, because they despaired of such a downfall. Among those who came to Naumkeag were men of history and legend, whose feet leave a track of brightness along any pathway which they have trodden. You shall behold their lifelike images,—their spectres, if you choose so to call them,—passing, encountering with a familiar nod, stopping to converse together, praying, bearing weapons, laboring or resting from their labors, in the Main-street. Here, now, comes Hugh Peters, an earnest, restless man, walking swiftly, as being impelled by that fiery activity of nature which shall hereafter thrust him into the conflict of dangerous affairs, make him the chaplain and counsellor of Cromwell, and finally bring him to a bloody end. He pauses, by the meeting-house, to exchange a greeting with Roger Williams, whose face indicates, methinks, a gentler spirit, kinder and more expansive, than that of Peters; yet not less active for what he discerns to be the will of God, or the welfare of mankind. And look! here is a guest for Endicott, coming forth out of the forest, through which he has been journeying from Boston, and which, with its rude branches, has caught hold of his attire, and has wet his feet with its swamps and streams. Still there is something in his mild and venerable, though not aged presence,—a propriety, an equilibrium in Governor Winthrop's nature,—that causes the disarray of his costume to be unnoticed, and gives us the same impression as if he were clad in such grave and rich attire as we may suppose him to have worn in the Council Chamber of the colony. Is not this characteristic wonderfully perceptible in our spectral representative of his person? But what dignitary is this crossing from the other side to greet the governor? A stately personage, in a dark velvet cloak, with a hoary beard, and a gold chain across

Literatura Norteamericana

his breast; he has the authoritative port of one who has filled the highest civic station in the first of cities. Of all men in the world, we should least expect to meet the Lord Mayor of London—as Sir Richard Saltonstall has been, once and again—in a forest-bordered settlement of the western wilderness.

Farther down the street, we see Emanuel Downing, a grave and worthy citizen, with his son George, a stripling who has a career before him; his shrewd and quick capacity and pliant conscience shall not only exalt him high, but secure him from a downfall. Here is another figure, on whose characteristic make and expressive action I will stake the credit of my pictorial puppet-show. Have you not already detected a quaint, sly humor in that face,—an eccentricity in the manner,—a certain indescribable waywardness—all the marks, in short, of an original man, unmistakably impressed, yet kept down by a sense of clerical restraint? That is Nathaniel Ward, the minister of Ipswich, but better remembered as the simple cobbler of Agawam. He hammered his sole so faithfully, and stitched his upper-leather so well, that the shoe is hardly yet worn out, though thrown aside for some two centuries past. And next, among these Puritans and Roundheads, we observe the very model of a Cavalier, with the curling lovelock, the fantastically trimmed beard, the embroidery, the ornamented rapier, the gilded dagger, and all other foppishnesses that distinguished the wild gallants who rode headlong to their overthrow in the cause of King Charles. This is Morton of Merry Mount, who has come hither to hold a council with Endicott, but will shortly be his prisoner. Yonder pale, decaying figure of a white-robed woman who glides slowly along the street, is the Lady Arabella, looking for her own grave in the virgin soil. That other female form, who seems to be talking—we might almost say preaching or expounding—in the centre of a group of profoundly attentive auditors, is Ann Hutchinson. And here comes Vane.

“But, my dear sir,” interrupts the same gentleman who before questioned the showman's genealogical accuracy, “allow me to observe, that these historical personages could not possibly have met together in the Main-street. They might, and probably did, all visit our old town, at one time or another, but not simultaneously; and you have fallen into anachronisms that I positively shudder to think of!”

“The fellow,” adds the scarcely civil critic, “has learned a bead-roll of historic names, whom he lugs into his pictorial puppet-show, as he calls it, helter-skelter, without caring whether they were contemporaries or not,—and sets them all by the ears together. But was there ever such a fund of impudence! To hear his running commentary, you would suppose that these miserable slips of painted pasteboard, with hardly the remotest outlines of the human figure, had all the character and expression of Michael Angelo's pictures. Well!—go on, sir!”

“Sir, you break the illusion of the scene,” mildly remonstrates the showman.

“Illusion! What illusion?” rejoins the critic, with a contemptuous snort. “On the word of a gentleman, I see nothing illusive in the wretchedly bedaubed sheet of canvass that forms your back-ground, or in these pasteboard slips that hitch and jerk along the front. The only illusion, permit me to say, is in the puppet-showman's tongue,—and that but a wretched one, into the bargain!”

“We public men,” replies the showman, meekly, “must lay our account, sometimes, to meet an uncandid severity of criticism. But—merely for your own pleasure, sir—let me treat you to take another point of view. Sit further back, by that young lady, in whose face I have watched the reflection of every changing scene; only oblige me by sitting there; and, take my word for it, the

Literatura Norteamericana

slips of pasteboard shall assume spiritual life, and the bedaubed canvass become an airy and changeable reflex of what it purports to represent.”

“I know better,” retorts the critic, settling himself in his seat, with sullen, but self-complacent immovableness. “And, as for my own pleasure, I shall best consult it by remaining precisely where I am.”

The showman bows, and waves his hand; and, at the signal, as if time and vicissitude had been awaiting his permission to move onward, the mimic street becomes alive again.

Years have rolled over our scene, and converted the forest-track into a dusty thoroughfare, which, being intersected with lanes and cross-paths, may fairly be designated as the Main-street. On the ground-sites of many of the log-built sheds, into which the first settlers crept for shelter, houses of quaint architecture have now risen. These later edifices are built, as you see, in one generally accordant style, though with such subordinate variety as keeps the beholder's curiosity excited, and causes each structure, like its owner's character, to produce its own peculiar impression. Most of them have one huge chimney in the centre, with flues so vast that it must have been easy for the witches to fly out of them, as they were wont to do, when bound on an aerial visit to the Black Man in the forest. Around this great chimney the wooden house clusters itself, in a whole community of gable-ends, each ascending into its own separate peak; the second story, with its lattice-windows, projecting over the first; and the door, which is perhaps arched, provided on the outside with an iron hammer, wherewith the visitor's hand may give a thundering rat-a-tat. The timber frame-work of these houses, as compared with those of recent date, is like the skeleton of an old giant, beside the frail bones of a modern man of fashion. Many of them, by the vast strength and soundness of their oaken substance, have been presented through a length of time which would have tried the stability of brick and stone; so that, in all the progressive decay and continual reconstruction of the street, down to our own days, we shall still behold these old edifices occupying their long-accustomed sites. For instance, on the upper corner of that green lane which shall hereafter be North-street, we see the Curwen House, newly built, with the carpenters still at work on the roof, nailing down the last sheaf of shingles. On the lower corner stands another dwelling,—destined, at some period of its existence, to be the abode of an unsuccessful alchemist,—which shall likewise survive to our own generation, and perhaps long outlive it. Thus, through the medium of these patriarchal edifices, we have now established a sort of kindred and hereditary acquaintance with the Main-street.

Great as is the transformation produced by a short term of years, each single day creeps through the Puritan settlement sluggishly enough. It shall pass before your eyes, condensed into the space of a few moments. The grey light of early morning is slowly diffusing itself over the scene; and the bellman, whose office it is to cry the hour at the street-corners, rings the last peal upon his hand-bell, and goes wearily homewards, with the owls, the bats, and other creatures of the night. Lattices are thrust back on their hinges, as if the town were opening its eyes, in the summer morning. Forth stumbles the still drowsy cow-herd, with his horn; putting which to his lips, it emits a bellowing bray, impossible to be represented in the picture, but which reaches the pricked-up ears of every cow in the settlement, and tells her that the dewy pasture-hour is come. House after house awakes, and sends the smoke up curling from its chimney, like frosty breath from living nostrils; and as those white wreaths of smoke, though impregnated with earthy admixtures, climb skyward, so, from each dwelling, does the morning worship—its spiritual essence bearing up its human imperfection—find its way to the heavenly Father's throne.

Literatura Norteamericana

The breakfast-hour being past, the inhabitants do not, as usual, go to their fields or workshops, but remain within doors; or perhaps walk the street, with a grave sobriety, yet a disengaged and unburdened aspect, that belongs neither to a holiday nor a Sabbath. And, indeed, this passing day is neither, nor is it a common week-day, although partaking of all the three. It is the Thursday Lecture; an institution which New England has long ago relinquished, and almost forgotten, yet which it would have been better to retain, as bearing relations to both the spiritual and ordinary life, and bringing each acquainted with the other. The tokens of its observance, however, which here meet our eyes, are of rather a questionable cast. It is, in one sense, a day of public shame; the day on which transgressors, who have made themselves liable to the minor severities of the Puritan law, receive their reward of ignominy. At this very moment, the constable has bound an idle fellow to the whipping-post, and is giving him his deserts with a cat-o'-nine-tails. Ever since sunrise, Daniel Fairfield has been standing on the steps of the meeting-house, with a halter about his neck, which he is condemned to wear visibly throughout his lifetime; Dorothy Talby is chained to a post at the corner of Prison Lane, with the hot sun blazing on her matronly face, and all for no other offence than lifting her hand against her husband; while, through the bars of that great wooden cage, in the centre of the scene, we discern either a human being or a wild beast, or both in one, whom this public infamy causes to roar, and gnash his teeth, and shake the strong oaken bars, as if he would break forth, and tear in pieces the little children who have been peeping at him. Such are the profitable sights that serve the good people to while away the earlier part of lecture-day. Betimes in the forenoon, a traveller—the first traveller that has come hitherward this morning—rides slowly into the street, on his patient steed. He seems a clergyman, and, as he draws near, we recognize the minister of Lynn, who was pre-engaged to lecture here, and has been revolving his discourse, as he rode through the hoary wilderness. Behold, now, the whole town thronging into the meeting-house, mostly with such sombre visages, that the sunshine becomes little better than a shadow, when it falls upon them. There go the Thirteen Men, grim rulers of a grim community! There goes John Massey, the first town-born child, now a youth of twenty, whose eye wanders with peculiar interest towards that buxom damsel who comes up the steps at the same instant. There hobbles Goody Foster, a sour and bitter old beldam, looking as if she went to curse, and not to pray, and whom many of her neighbors suspect of taking an occasional airing on a broomstick. There, too, slinking shamefacedly in, you observe that same poor do-nothing and good-for-nothing, whom we saw castigated just now at the whipping-post. Last of all, there goes the tithingman, lugging in a couple of small boys, whom he has caught at play beneath God's blessed sunshine, in a back lane. What native of Naumkeag, whose recollections go back more than thirty years, does not still shudder at that dark ogre of his infancy, who perhaps had long ceased to have an actual existence, but still lived in his childish belief; in a horrible idea, and in the nurse's threat, as the Tidy Man!

It will be hardly worth our while to wait two, or it may be three, turnings of the hour-glass, for the conclusion of the lecture. Therefore, by my control over light and darkness, I cause the dusk, and then the starless night, to brood over the street; and summon forth again the bellman, with his lantern casting a gleam about his footsteps, to pace wearily from corner to corner, and shout drowsily the hour to drowsy or dreaming ears. Happy are we, if for nothing else, yet because we did not live in those days. In truth, when the first novelty and stir of spirit had subsided,—when the new settlement, between the forest-border and the sea, had become actually a little town,—its daily life must have trudged onward with hardly any thing to diversify and enliven it, while also its rigidity could not fail to cause miserable distortions of the moral nature. Such a life was sinister to the

Literatura Norteamericana

intellect, and sinister to the heart; especially when one generation had bequeathed its religious gloom, and the counterfeit of its religious ardor, to the next; for these characteristics, as was inevitable, assumed the form both of hypocrisy and exaggeration, by being inherited from the example and precept of other human beings, and not from an original and spiritual source. The sons and grandchildren of the first settlers were a race of lower and narrower souls than their progenitors had been. The latter were stern, severe, intolerant, but not superstitious, not even fanatical; and endowed, if any men of that age were, with a far-seeing worldly sagacity. But it was impossible for the succeeding race to grow up, in Heaven's freedom, beneath the discipline which their gloomy energy of character had established; nor, it may be, have we even yet thrown off all the unfavorable influences which, among many good ones, were bequeathed to us by our Puritan forefathers. Let us thank God for having given us such ancestors; and let each successive generation thank him, not less fervently, for being one step further from them in the march of ages.

“What is all this?” cries the critic. “A sermon? If so, it is not in the bill.”

“Very true,” replies the showman; “and I ask pardon of the audience.”

Look now at the street, and observe a strange people entering it. Their garments are torn and disordered, their faces haggard, their figures emaciated; for they have made their way hither through pathless deserts, suffering hunger and hardship, with no other shelter than a hollow tree, the lair of a wild beast, or an Indian wigwam. Nor, in the most inhospitable and dangerous of such lodging-places, was there half the peril that awaits them in this thoroughfare of Christian men, with those secure dwellings and warm hearths on either side of it, and yonder meeting-house as the central object of the scene. These wanderers have received from Heaven a gift that, in all epochs of the world, has brought with it the penalties of mortal suffering and persecution, scorn, enmity, and death itself;—a gift that, thus terrible to its possessors, has ever been most hateful to all other men, since its very existence seems to threaten the overthrow of whatever else the toilsome ages have built up;—the gift of a new idea. You can discern it in them, illuminating their faces—their whole persons, indeed, however earthly and cloddish—with a light that inevitably shines through, and makes the startled community aware that these men are not as they themselves are; not brethren nor neighbors of their thought. Forthwith, it is as if an earthquake rumbled through the town, making its vibrations felt at every hearthstone, and especially causing the spire of the meeting-house to totter. The Quakers have come! We are in peril! See! they trample upon our wise and well-established laws in the person of our chief magistrate; for Governor Endicott is passing, now an aged man, and dignified with long habits of authority,—and not one of the irreverent vagabonds has moved his hat! Did you note the ominous frown of the white-bearded Puritan governor, as he turned himself about, and, in his anger, half uplifted the staff that has become a needful support to his old age? Here comes old Mr. Norris, our venerable minister. Will they doff their hats, and pay reverence to him? No: their hats stick fast to their ungracious heads, as if they grew there; and—impious varlets that they are, and worse than the heathen Indians!—they eye our reverend pastor with a peculiar scorn, distrust, unbelief, and utter denial of his sanctified pretensions, of which he himself immediately becomes conscious; the more bitterly conscious, as he never knew nor dreamed of the like before.

But look yonder! Can we believe our eyes? A Quaker woman, clad in sackcloth, and with ashes on her head, has mounted the steps of the meeting-house. She addresses the people in a wild, shrill voice,—wild and shrill it must be, to suit such a figure,—which makes them tremble and turn pale, although they crowd open-mouthed to hear her. She is bold against established authority; she denounces the priest and his steeple-house. Many of her hearers are appalled; some weep; and

Literatura Norteamericana

others listen with a rapt attention, as if a living truth had now, for the first time, forced its way through the crust of habit, reached their hearts, and awakened them to life. This matter must be looked to; else we have brought our faith across the seas with us in vain; and it had been better that the old forest were still standing here, waving its tangled boughs, and murmuring to the sky out of its desolate recesses, instead of this goodly street, if such blasphemies be spoken in it.

So thought the old Puritans. What was their mode of action may be partly judged from the spectacles which now pass before your eyes. Joshua Buffum is standing in the pillory. Cassandra Southwick is led to prison. And there a woman,—it is Ann Coleman,—naked from the waist upward, and bound to the tail of a cart, is dragged through the Main-street at the pace of a brisk walk, while the constable follows with a whip of knotted cords. A strong-armed fellow is that constable; and each time that he flourishes his lash in the air, you see a frown wrinkling and twisting his brow, and, at the same instant, a smile upon his lips. He loves his business, faithful officer he is, and puts his soul into every stroke, zealous to fulfil the injunction of Major Hawthorne's warrant, in the spirit and to the letter. There came down a stroke that has drawn blood! Ten such stripes are to be given in Salem, ten in Boston, and ten in Dedham; and, with those thirty stripes of blood upon her, she is to be driven into the forest. The crimson trail goes wavering along the Main-street; but Heaven grant, that, as the rain of so many years has wept upon it, time after time, and washed it all away, so there may have been a dew of mercy, to cleanse this cruel blood-stain out of the record of the persecutor's life!

Pass on, thou spectral constable, and betake thee to thine own place of torment! Meanwhile, by the silent operation of the mechanism behind the scenes, a considerable space of time would seem to have lapsed over the street. The older dwellings now begin to look weather-beaten, through the effect of the many eastern storms that have moistened their unpainted shingles and clapboards, for not less than forty years. Such is the age we would assign to the town, judging by the aspect of John Massey, the first town-born child, whom his neighbors now call Goodman Massey, and whom we see yonder, a grave, almost autumnal-looking man, with children of his own about him. To the patriarchs of the settlement, no doubt, the Main-street is still but an affair of yesterday, hardly more antique, even if destined to be more permanent, than a path shovelled through the snow. But to the middle-aged and elderly men who came hither in childhood or early youth, it presents the aspect of a long and well-established work, on which they have expended the strength and ardor of their life. And the younger people, native to the street, whose earliest recollections are of creeping over the paternal threshold, and rolling on the grassy margin of the track, look at it as one of the perdurable things of our mortal state,—as old as the hills of the great pasture, or the headland at the harbor's mouth. Their fathers and grandsires tell them, how, within a few years past, the forest stood here with but a lonely track beneath its tangled shade. Vain legend! They cannot make it true and real to their conceptions. With them, moreover, the Main-street is a street indeed, worthy to hold its way with the thronged and stately avenues of cities beyond the sea. The old Puritans tell them of the crowds that hurry along Cheapside and Fleet-street and the Strand, and of the rush of tumultuous life at Temple Bar. They describe London Bridge, itself a street, with a row of houses on each side. They speak of the vast structure of the Tower, and the solemn grandeur of Westminster Abbey. The children listen, and still inquire if the streets of London are longer and broader than the one before their father's door; if the Tower is bigger than the jail in Prison Lane; if the old Abbey will hold a larger congregation than our meeting-house. Nothing impresses them, except their own experience.

Literatura Norteamericana

It seems all a fable, too, that wolves have ever prowled here; and not less so, that the Squaw Sachem, and the Sagamore her son, once ruled over this region, and treated as sovereign potentates with the English settlers, then so few and storm-beaten, now so powerful. There stand some schoolboys, you observe, in a little group around a drunken Indian, himself a prince of the Squaw Sachem's lineage. He brought hither some beaver-skins for sale, and has already swallowed the larger portion of their price, in deadly draughts of firewater. Is there not a touch of pathos in that picture? and does it not go far towards telling the whole story of the vast growth and prosperity of one race, and the fated decay of another?—the children of the stranger making game of the great Squaw Sachem's grandson!

But the whole race of red men have not vanished with that wild princess and her posterity. This march of soldiers along the street betokens the breaking out of King Philip's war; and these young men, the flower of Essex, are on their way to defend the villages on the Connecticut; where, at Bloody Brook, a terrible blow shall be smitten, and hardly one of that gallant band be left alive. And there, at that stately mansion, with its three peaks in front, and its two little peaked towers, one on either side of the door, we see brave Captain Gardner issuing forth, clad in his embroidered buff-coat, and his plumed cap upon his head. His trusty sword, in its steel scabbard, strikes clanking on the door-step. See how the people throng to their doors and windows, as the cavalier rides past, reining his mottled steed so gallantly, and looking so like the very soul and emblem of martial achievement,—destined, too, to meet a warrior's fate, at the desperate assault on the fortress of the Narragansetts!

“The mottled steed looks like a pig,” interrupts the critic, “and Captain Gardner himself like the devil, though a very tame one, and on a most diminutive scale.”

“Sir, sir!” cries the persecuted showman, losing all patience,—for, indeed, he had particularly prided himself on these figures of Captain Gardner and his horse,—“I see that there is no hope of pleasing you. Pray, sir, do me the favor to take back your money, and withdraw!”

“Not I!” answers the unconscionable critic. “I am just beginning to get interested in the matter. Come! turn your crank, and grind out a few more of these fooleries!”

The showman rubs his brow impulsively, whisks the little rod with which he points out the notabilities of the scene,—but, finally, with the inevitable acquiescence of all public servants, resumes his composure, and goes on.

Pass onward, onward, Time! Build up new houses here, and tear down thy works of yesterday, that have already the rusty moss upon them! Summon forth the minister to the abode of the young maiden, and bid him unite her to the joyful bridegroom! Let the youthful parents carry their firstborn to the meeting-house, to receive the baptismal rite! Knock at the door, whence the sable line of the funeral is next to issue! Provide other successive generations of men, to trade, talk, quarrel, or walk in friendly intercourse along the street, as their fathers did before them! Do all thy daily and accustomed business, Father Time, in this thoroughfare, which thy footsteps, for so many years, have now made dusty! But here, at last, thou leadest along a procession which, once witnessed, shall appear no more, and be remembered only as a hideous dream of thine, or a frenzy of thy old brain.

“Turn your crank, I say,” bellows the remorseless critic, “and grind it out, whatever it be, without further preface!”

Literatura Norteamericana

The showman deems it best to comply.

Then, here comes the worshipful Captain Curwen, Sheriff of Essex, on horseback, at the head of an armed guard, escorting a company of condemned prisoners from the jail to their place of execution on Gallows Hill. The witches! There is no mistaking them! The witches! As they approach up Prison Lane, and turn into the Main-street, let us watch their faces, as if we made a part of the pale crowd that presses so eagerly about them, yet shrinks back with such shuddering dread, leaving an open passage betwixt a dense throng on either side. Listen to what the people say.

There is old George Jacobs, known hereabouts, these sixty years, as a man whom we thought upright in all his way of life, quiet, blameless, a good husband before his pious wife was summoned from the evil to come, and a good father to the children whom she left him. Ah! but when that blessed woman went to heaven, George Jacobs' heart was empty, his hearth lonely, his life broken up; his children were married, and betook themselves to habitations of their own; and Satan, in his wanderings up and down, beheld this forlorn old man, to whom life was a sameness and a weariness, and found the way to tempt him. So the miserable sinner was prevailed with to mount into the air, and career among the clouds; and he is proved to have been present at a witch-meeting as far off as Falmouth, on the very same night that his next neighbors saw him, with his rheumatic stoop, going in at his own door. There is John Willard too; an honest man we thought him, and so shrewd and active in his business, so practical, so intent on every-day affairs, so constant at his little place of trade, where he bartered English goods for Indian corn and all kinds of country produce! How could such a man find time, or what could put it into his mind, to leave his proper calling, and become a wizard? It is a mystery, unless the Black Man tempted him with great heaps of gold. See that aged couple,—a sad sight truly,—John Proctor, and his wife Elizabeth. If there were two old people in all the County of Essex who seemed to have led a true Christian life, and to be treading hopefully the little remnant of their earthly path, it was this very pair. Yet have we heard it sworn, to the satisfaction of the worshipful Chief Justice Sewall, and all the Court and Jury, that Proctor and his wife have shown their withered faces at children's bedsides, mocking, making mouths, and affrighting the poor little innocents in the night-time. They, or their spectral appearances, have stuck pins into the Afflicted Ones, and thrown them into deadly fainting-fits with a touch, or but a look. And, while we supposed the old man to be reading the Bible to his old wife,—she meanwhile knitting in the chimney-corner,—the pair of hoary reprobates have whisked up the chimney, both on one broomstick, and flown away to a witch-communion, far into the depths of the chill, dark forest. How foolish! Were it only for fear of rheumatic pains in their old bones, they had better have stayed at home. But away they went; and the laughter of their decayed, cackling voices has been heard at midnight, aloft in the air. Now, in the sunny noontide, as they go tottering to the gallows, it is the devil's turn to laugh.

Behind these two,—who help one another along, and seem to be comforting and encouraging each other, in a manner truly pitiful, if it were not a sin to pity the old witch and wizard,—behind them comes a woman, with a dark, proud face that has been beautiful, and a figure that is still majestic. Do you know her? It is Martha Carrier, whom the devil found in a humble cottage, and looked into her discontented heart, and saw pride there, and tempted her with his promise that she should be Queen of Hell. And now, with that lofty demeanor, she is passing to her kingdom, and, by her unquenchable pride, transforms this escort of shame into a triumphal procession, that shall attend her to the gates of her infernal palace, and seat her upon the fiery throne. Within this hour, she shall assume her royal dignity.

Literatura Norteamericana

Last of the miserable train comes a man clad in black, of small stature and a dark complexion, with a clerical band about his neck. Many a time, in the years gone by, that face has been uplifted heavenward from the pulpit of the East Meeting-house, when the Reverend Mr. Burroughs seemed to worship God. What!—he? The holy man!—the learned!—the wise! How has the devil tempted him? His fellow-criminals, for the most part, are obtuse, uncultivated creatures, some of them scarcely half-witted by nature, and others greatly decayed in their intellects through age. They were an easy prey for the destroyer. Not so with this George Burroughs, as we judge by the inward light which glows through his dark countenance, and, we might almost say, glorifies his figure, in spite of the soil and haggardness of long imprisonment,—in spite of the heavy shadow that must fall on him, while Death is walking by his side. What bribe could Satan offer, rich enough to tempt and overcome this man? Alas! it may have been in the very strength of his high and searching intellect, that the Tempter found the weakness which betrayed him. He yearned for knowledge; he went groping onward into a world of mystery; at first, as the witnesses have sworn, he summoned up the ghosts of his two dead wives, and talked with them of matters beyond the grave; and, when their responses failed to satisfy the intense and sinful craving of his spirit, he called on Satan, and was heard. Yet—to look at him—who, that had not known the proof, could believe him guilty? Who would not say, while we see him offering comfort to the weak and aged partners of his horrible crime,—while we hear his ejaculations of prayer, that seem to bubble up out of the depths of his heart, and fly heavenward, unawares,—while we behold a radiance brightening on his features as from the other world, which is but a few steps off,—who would not say, that, over the dusty track of the Main-street, a Christian saint is now going to a martyr's death? May not the Arch Fiend have been too subtle for the court and jury, and betrayed them—laughing in his sleeve the while—into the awful error of pouring out sanctified blood as an acceptable sacrifice upon God's altar? Ah! no; for listen to wise Cotton Mather, who, as he sits there on his horse, speaks comfortably to the perplexed multitude, and tells them that all has been religiously and justly done, and that Satan's power shall this day receive its death-blow in New England.

Heaven grant it be so!—the great scholar must be right! so, lead the poor creatures to their death! Do you see that group of children and half-grown girls, and, among them, an old, hag-like Indian woman, Tituba by name? Those are the Afflicted Ones. Behold, at this very instant, a proof of Satan's power and malice! Mercy Parris, the minister's daughter, has been smitten by a flash of Martha Carrier's eye, and falls down in the street, writhing with horrible spasms and foaming at the mouth, like the possessed ones spoken of in Scripture. Hurry on the accursed witches to the gallows, ere they do more mischief!—ere they fling out their withered arms, and scatter pestilence by handfuls among the crowd!—ere, as their parting legacy, they cast a blight over the land, so that henceforth it may bear no fruit nor blade of grass, and be fit for nothing but a sepulchre for their unhallowed carcasses! So, on they go; and old George Jacobs has stumbled by reason of his infirmity; but Goodman Proctor and his wife lean on one another, and walk at a reasonably steady pace, considering their age. Mr. Burroughs seems to administer counsel to Martha Carrier, whose face and mien, methinks, are milder and humbler than they were. Among the multitude, meanwhile, there is horror, fear, and distrust; and friend looks askance at friend, and the husband at his wife, and the wife at him, and even the mother at her little child; as if, in every creature that God has made, they suspected a witch, or dreaded an accuser. Never, never again, whether in this or any other shape, may Universal Madness riot in the Main-street!

I perceive in your eyes, my indulgent spectators, the criticism which you are too kind to utter. These scenes, you think, are all too sombre. So, indeed, they are; but the blame must rest on

Literatura Norteamericana

the sombre spirit of our forefathers, who wove their web of life with hardly a single thread of rose-color or gold, and not on me, who have a tropic love of sunshine, and would gladly gild all the world with it, if I knew where to find so much. That you may believe me, I will exhibit one of the only class of scenes, so far as my investigation has taught me, in which our ancestors were wont to steep their tough old hearts in wine and strong drink, and indulge an outbreak of grisly jollity.

Here it comes, out of the same house whence we saw brave Captain Gardner go forth to the wars. What! A coffin, borne on men's shoulders, and six aged gentlemen as pall-bearers, and a long train of mourners, with black gloves and black hatbands, and every thing black, save a white handkerchief in each mourner's hand, to wipe away his tears withal. Now, my kind patrons, you are angry with me. You were bidden to a bridal-dance, and find yourselves walking in a funeral procession. Even so; but look back through all the social customs of New England, in the first century of her existence, and read all her traits of character; and if you find one occasion, other than a funeral-feast, where jollity was sanctioned by universal practice, I will set fire to my puppet-show without another word. These are the obsequies of old Governor Bradstreet, the patriarch and survivor of the first settlers, who, having intermarried with the Widow Gardner, is now resting from his labors, at the great age of ninety-four. The white-bearded corpse, which was his spirit's earthly garniture, now lies beneath yonder coffin-lid. Many a cask of ale and cider is on tap, and many a draught of spiced wine and aquavita has been quaffed. Else why should the bearers stagger, as they tremulously uphold the coffin?—and the aged pall-bearers, too, as they strive to walk solemnly beside it?—and wherefore do the mourners tread on one another's heels?—and why, if we may ask without offence, should the nose of the Reverend Mr. Noyes, through which he has just been delivering the funeral discourse, glow like a ruddy coal of fire? Well, well, old friends! Pass on, with your burthen of mortality, and lay it in the tomb with jolly hearts. People should be permitted to enjoy themselves in their own fashion; every man to his taste; but New England must have been a dismal abode for the man of pleasure, when the only boon-companion was Death!

Under cover of a mist that has settled over the scene, a few years flit by, and escape our notice. As the atmosphere becomes transparent, we perceive a decrepit grand-sire, hobbling along the street. Do you recognize him? We saw him, first as the baby in Goodwife Massey's arms, when the primeval trees were digging their shadow over Roger Conant's cabin; we have seen him, as the boy, the youth, the man, bearing his humble part in all the successive scenes, and forming the index-figure whereby to note the age of his coeval town. And here he is, old Goodman Massey, taking his last walk,—often pausing,—often leaning over his staff,—and calling to mind whose dwelling stood at such and such a spot, and whose field or garden occupied the site of those more recent houses. He can render a reason for all the bends and deviations of the thoroughfare, which, in its flexible and plastic infancy, was made to swerve aside from a straight line, in order to visit every settler's door. The Main-street is still youthful; the coeval Man is in his latest age. Soon he will be gone, a patriarch of fourscore, yet shall retain a sort of infantine life in our local history, as the first town-born child.

Behold here a change, wrought in the twinkling of an eye, like an incident in a tale of magic, even while your observation has been fixed upon the scene. The Main-street has vanished out of sight. In its stead appears a wintry waste of snow, with the sun just peeping over it, cold and bright, and tingeing the white expanse with the faintest and most ethereal rose-color. This is the Great Snow of 1717, famous for the mountain-drifts in which it buried the whole country. It would seem as if the street, the growth of which we have noted so attentively,—following it from its first phase,

Literatura Norteamericana

as an Indian track, until it reached the dignity of side-walks,—were all at once obliterated, and resolved into a drearier pathlessness than when the forest covered it. The gigantic swells and billows of the snow have swept over each man's metes and bounds, and annihilated all the visible distinctions of human property. So that now, the traces of former times and hitherto accomplished deeds being done away, mankind should be at liberty to enter on new paths, and guide themselves by other laws than heretofore; if, indeed, the race be not extinct, and it be worth our while to go on with the march of life, over the cold and desolate expanse that lies before us. It may be, however, that matters are not so desperate as they appear. That vast icicle, glittering so cheerlessly in the sunshine, must be the spire of the meeting-house, incrustated with frozen sleet. Those great heaps, too, which we mistook for drifts, are houses, buried up to their eaves, and with their pealed roofs rounded by the depth of snow upon them. There, now, comes a gush of smote from what I judge to be the chimney of the Ship Tavern—and another—another—and another—from the chimneys of other dwellings, where fireside comfort, domestic peace, the sports of children, and the quietude of age, are living yet, in spite of the frozen crust above them.

But it is time to change the scene. Its dreary monotony shall not test your fortitude like one of our actual New England winters, which leave so large a blank—so melancholy a death-spot—in lives so brief that they ought to be all summer-time. Here, at least, I may claim to be ruler of the seasons. One turn of the crank shall melt away the snow from the Main-street, and show the trees in their full foliage, the rose-bushes in bloom, and a border of green grass along the side-walk. There! But what! How! The scene will not move. A wire is broken. The street continues buried beneath the snow, and the fate of Herculaneum and Pompeii has its parallel in this catastrophe.

Alas! my kind and gentle audience, you know not the extent of your misfortune. The scenes to come were far better than the past. The street itself would have been more worthy of pictorial exhibition; the deeds of its inhabitants, not less so. And how would your interest have deepened, as, passing out of the cold shadow of antiquity, in my long and weary course, I should arrive within the limits of man's memory, and, leading you at last into the sunshine of the present, should give a reflex of the very life that is flitting past us! Your own beauty, my fair townswomen, would have beamed upon you, out of my scene. Not a gentleman that walks the street but should have beheld his own face and figure, his gait, the peculiar swing of his arm, and the coat that he put on yesterday. Then, too,—and it is what I chiefly regret,—I had expended a vast deal of light and brilliancy on a representation of the street in its whole length, from Buffum's Corner downward, on the night of the grand illumination for General Taylor's triumph. Lastly, I should have given the crank one other turn, and have brought out the future, showing you who shall walk the Main-street tomorrow, and, perchance, whose funeral shall pass through it!

But these, like most other human purposes, lie unaccomplished; and I have only further to say, that any lady or gentleman, who may feel dissatisfied with the evening's entertainment, shall receive back the admission fee at the door.

“Then give me mine,” cries the critic, stretching out his palm. “I said that your exhibition would prove a humbug and so it has turned out. So hand over my quarter!”

Literatura Norteamericana

A Rill from the Town Pump

(SCENE--the corner of two principal streets. The TOWN-PUMP talking through its nose.)

NOON, by the north clock! Noon, by the east! High noon, too, by these hot sunbeams, which fall, scarcely aslope, upon my head, and almost make the water bubble and smoke, in the trough under my nose. Truly, we public characters have a tough time of it! And, among all the town-officers, chosen at March meeting, where is he that sustains, for a single year, the burthen of such manifold duties as are imposed, in perpetuity, upon the Town-Pump? The title of "town-treasurer" is rightfully mine, as guardian of the best treasure, that the town has. The overseers of the poor ought to make me their chairman, since I provide bountifully for the pauper, without expense to him that pays taxes. I am at the head of the fire-department, and one of the physicians to the board of health. As a keeper of the peace, all water-drinkers will confess me equal to the constable. I perform some of the duties of the town clerk, by promulgating public notices, when they are posted on my front. To speak within bounds, I am the chief person of the municipality, and exhibit, moreover, an admirable pattern to my brother officers, by the cool, steady, upright, downright, and impartial discharge of my business, and the constancy with which I stand to my post. Summer or winter, nobody seeks me in vain; for, all day long, I am seen at the busiest corner, just above the market, stretching out my arms, to rich and poor alike; and at night, I hold a lantern over my head, both to show where I am, and keep people out of the gutters.

At this sultry noontide, I am cup-bearer to the parched populace, for whose benefit an iron goblet is chained to my waist. Like a dram-seller on the mall, at muster-day, I cry aloud to all and sundry, in my plainest accents, and at the very tip-top of my voice. Here it is, gentlemen! Here is the good liquor! Walk up, walk up, gentlemen, walk up, walk up! Here is the superior stuff! Here is the unadulterated ale of father Adam--better than Cognac, Hollands, Jamaica, strong-beer, or wine of any price; here it is, by the hogshead or the single glass, and not a cent to pay! Walk up, gentlemen, walk up, and help yourselves!

It were a pity, if all this outcry should draw no customers. Here they come. A hot day, gentlemen! Quaff, and away again, so as to keep yourselves in a nice cool sweat. You, my friend, will need another cup-full, to wash the dust out of your throat, if it be as thick there as it is on your cowhide shoes. I see that you have trudged half a score of miles, to day; and, like a wise man, have passed by the taverns, and stopped at the running-brooks and well-curbs. Otherwise, betwixt heat without and fire within, you would have been burnt to a cinder, or melted down to nothing at all, in the fashion of a jelly-fish. Drink, and make room for that other fellow, who seeks my aid to quench the fiery fever of last night's potations, which he drained from no cup of mine. Welcome, most rubicund Sir! You and I have been great strangers, hitherto; nor, to confess the truth, will my nose be anxious for a closer intimacy, till the fumes of your breath be a little less potent. Mercy on you, man! The water absolutely hisses down your red-hot gullet, and is converted quite to steam, in the miniature tophet, which you mistake for a stomach. Fill again, and tell me, on the word of an honest toper, you ever, in cellar, tavern, or any kind of a dram-shop, spend the price of your children's food, for a swig half so delicious? Now, for the first time these ten years, you know the flavor of cold water. Good b'ye; and, whenever you are thirsty, remember that I keep a constant supply, at the old stand. Who next? Oh, my little friend, you are let loose from school, and come hither to scrub your blooming face, and drown the memory of certain taps of the fertile, and other school-boy troubles, in a draught from the TownPump. Take it, pure as the current of your young life. Take it, and may your heart and tongue never be scorched with a fiercer thirst than now! There, my dear

Literatura Norteamericana

child, put down the cup, and yield your place to this elderly gentleman, who treads so tenderly over the paving-stones, that I suspect he is afraid of breaking them. What! He limps by, without so much as thanking me, as if my hospitable offers were meant only for people, who have no wine-cellars. Well, well, sir--no harm done, I hope! Go draw the cork, tip the decanter; but, when your great-toe shall set you a-roaring, it will be no affair of mine. If gentlemen love the pleasant titillation of the gout, it is all one to the Town-Pump. This thirsty dog, with his red tongue lolling out, does not scorn my hospitality, but stands on his hind-legs, and laps eagerly out of the trough. See how lightly he capers away again! Jowler, did your worship ever have the gout?

Are you all satisfied? Then wipe your mouths, my good friends; and, while my spout has a moment's leisure, I will delight the town with a few historical reminiscences. In far antiquity, beneath a darksome shadow of venerable boughs, a spring bubbled out of the leaf-strewn earth, in the very spot where you now behold me, on the sunny pavement. The water was as bright and clear, and deemed as precious, as liquid diamonds. The Indian sagamores drank of it, from time immemorial, till the fatal deluge of the fire-water burst upon the red men, and swept their whole race away from the cold fountains. Endicott, and his followers, came next, and often knelt down to drink, dipping their long beards in the spring. The richest goblet, then, was of birch-bark. Governor Winthrop, after a journey afoot from Boston, drank here, out of the hollow of his hand. The elder Higginson here wet his palm, and laid it on the brow of the first townborn child. For many years, it was the watering-place, and, as it were, the wash-bowl of the vicinity--whither all decent folks resorted, to purify their visages, and gaze at them afterwards--at least, the pretty maidens did--in the mirror which it made. On Sabbath-days, whenever a babe was to be baptized, the sexton filled his basin here, and placed it on the communion-table of tile humble meeting-house, which partly covered the site of yonder stately brick one. Thus, one generation after another was consecrated to Heaven by its waters, and cast their waxing and waning shadows into its glassy bosom, and vanished from the earth, as if mortal life were but a flitting image in a fountain. Finally, the fountain vanished also. Cellars were dug on all sides; and cart-loads of gravel flung upon its source, whence oozed a turbid stream, forming a mud-puddle, at the corner of two streets. In the hot months, when its refreshment was most needed, the dust flew in clouds over the forgotten birthplace of the waters, now their grave. But, in the course of time, a Town-Pump was sunk into the source of the ancient spring; and when the first decayed, another took its place--and then another, and still another--till here stand I, gentlemen and ladies, to serve you with my iron goblet. Drink, and be refreshed! The water is as pure and cold as that which slaked the thirst of the red sagamore, beneath aged boughs, though now the gem of the wilderness is treasured under these hot stones, where no shadow falls, but from the brick buildings. And be it the moral of my story, that, as this wasted and long-lost fountain is now known and prized again, so shall the virtues of cold water, too little valued since your fathers' days, be recognized by all.

Your pardon, good people! I must interrupt my stream of eloquence, and spout forth a stream of water, to replenish the trough for this teamster and his two yoke of oxen, who have come from Topsfield, or somewhere along that way. No part of my business is pleasanter than the watering of cattle. Look! how rapidly they lower the water-mark on the sides of the trough, till their capacious stomachs are moistened with a gallon or two apiece, and they can afford time to breathe it in, with sighs of calm enjoyment. Now they roll their quiet eyes around the brim of their monstrous drinking vessel. An ox is your true toper.

Literatura Norteamericana

But I perceive, my dear auditors, that you are impatient for the remainder of my discourse. Impute it, I beseech you, to no defect of modesty, if I insist a little longer on so fruitful a topic as my own multifarious merits. It is altogether for your good. The better you think of me, the better men and women will you find yourselves. I shall say nothing of my all-important aid on washing-days; though, on that account alone, I might call myself the household-god of a hundred families. Far be it from me, also, to hint, my respectable friends, at the show of dirty faces, which you would present, without my pains to keep you clean. Nor will I remind you how often, when the midnight-bells make you tremble for your combustible town, you have fled to the Town-Pump, and found me always at my post, firm, amid the confusion, and ready to drain my vital current in your behalf. Neither is it worth while to lay much stress on my claims to a medical diploma, as the physician, whose simple rule of practice is preferable to all the nauseous lore, which has found men sick or left them so, since the days of Hippocrates. Let us take a broader view of my beneficial influence on mankind.

No; these are trifles, compared with the merits which wise men concede to me--if not in my single self, yet as the representative of a class--of being the grand reformer of the age. From my spout, and such spouts as mine, must flow the stream, that shall cleanse our earth of the vast portion of its crime and anguish, which has gushed from the fiery fountains of the still. In this mighty enterprise, the cow shall be my great confederate. Milk and water! The TOWNPUMP and the Cow! Such is the glorious copartnership, that shall tear down the distilleries and brew-houses, uproot the vineyards, shatter the cider-presses, ruin the tea and coffee trade, and, finally monopolize the whole business of quenching thirst. Blessed consummation! Then, Poverty shall pass away from the land, finding no hovel so wretched, where her squalid form may shelter itself. Then Disease, for lack of other victims, shall gnaw its own heart, and die. Then Sin, if she do not die, shall lose half her strength. Until now, the phrensy of hereditary fever has raged in the human blood, transmitted from sire to son, and re-kindled, in every generation, by fresh draughts of liquid flame. When that inward fire shall be extinguished, the heat of passion cannot but grow cool, and war--the drunkenness of nations--perhaps will cease. At least, there will be no war of households. The husband and wife, drinking deep of peaceful joy--a calm bliss of temperate affections--shall pass hand in hand through life, and lie down, not reluctantly, at its protracted close. To them, the past will be no turmoil of mad dreams, nor the future an eternity of such moments as follow the delirium of the drunkard. Their dead faces shall express what their spirits were, and are to be, by a lingering smile of memory and hope.

Ahem! Dry work, this speechifying; especially to an unpractised orator. I never conceived, till now, what toil the temperance-lecturers undergo for my sake. Hereafter, they shall have the business to themselves. Do, some kind Christian, pump a stroke or two, just to wet my whistle. Thank you, sir! My dear hearers, when the world shall have been regenerated, by my instrumentality, you will collect your useless vats and liquor-casks, into one great pile, and make a bonfire, in honor of the Town-Pump. And, when I shall have decayed, like my predecessors, then, if you revere my memory, let a marble fountain, richly sculptured, take my place upon this spot. Such monuments should be erected everywhere, and inscribed with the names of the distinguished champions of my cause. Now listen; for something very important is to come next.

There are two or three honest friends of mine--and true friends, I know, they are--who, nevertheless, by their fiery pugnacity in my behalf, do put me in fearful hazard of a broken nose, or even of a total overthrow upon the pavement, and the loss of the treasure which I guard. I pray you,

Literatura Norteamericana

gentlemen, let this fault be amended. Is it decent, think you, to get tipsy with zeal for temperance, and take up the honorable cause of the Town-Pump, in the style of a toper fighting for his brandy-bottle? Or, can the excellent qualities of cold water be no otherwise exemplified, than by plunging, slapdash, into hot-water, and wofully scalding yourselves and other people? Trust me, they may. In the moral warfare, which you are to wage--and, indeed, in the whole conduct of your lives--you cannot choose a better example than myself, who have never permitted the dust, and sultry atmosphere, the turbulence and manifold disquietudes of the world around me, to reach that deep, calm well of purity, which may be called my soul. And whenever I pour out that soul, it is to cool earth's fever, or cleanse its stains.

One o'clock! Nay, then, if the dinner-bell begins to speak, I may as well hold my peace. Here comes a pretty young girl of my acquaintance, with a large stone-pitcher for me to fill. May she draw a husband, while drawing her water, as Rachel did of old. Hold out your vessel, my dear! There it is, full to the brim; so now run home, peeping at your sweet image in the pitcher, as you go; and forget not, in a glass of my own liquor, to drink--"SUCCESS TO THE TOWNPUMP!"

NATHANIEL HAWTHORNE	1
LA CALLE MAYOR	1
RELATO DE LA BOMBA DE AGUA DEL PUEBLO	19
MAIN-STREET	23
A RILL FROM THE TOWN PUMP	39